

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

EN PROVINCIAS.

Martes 7 de julio de 1857.

EDICION DE LA MAÑANA.

AÑO III.—NUM. 775.

Puntos de suscripción. Ocho reales al mes, y 24 por trimestre. En la Administración, calle del Carmen, núm. 60, y en las librerías de Cuesta, calle Mayor, núm. 2. Bailly-Baillière, calle del Príncipe; Olveres, calle de la Concepción; Durán, calle de la Victoria; y López, calle del Carmen.

Puntos de suscripción. Gatorce rs. por un mes, y 38 por tres meses. En casa de los correspondientes; en las principales librerías y en las administraciones de correos. También puede hacerse la suscripción por carta franca acompañando libranza o sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso. En el extranjero y Ultramar, por tres meses, 70 rs.; por seis, 130, y por un año, 250.

MADRID 7 DE JULIO.

Desgraciadamente el orden alterado en la provincia de Sevilla aun no se ha restablecido. La banda de malhechores que, según todas las probabilidades se organizó en la capital de aquella provincia, sigue todavía huyendo con su innumerable planta de rido y privilegiado suelo de Andalucía. Los facciosos no han progresado sensiblemente, es verdad, pero tampoco han sucumbido, y estos dos hechos necesitan alguna explicación.

¿Qué se proponen esos hombres agavillados en corto número, y que marchan encenagándose en los mas vituperables excesos, precedidos por la fama de su conducta vandálica y atroz? Misioneros del exterminio, llevando al seno de las poblaciones el terror y el espanto, al seno de las familias el luto y la desolación, entregando al furor de las llamas los edificios públicos y privados, convirtiendo en deleznales pavesas los archivos y las escribanías, destruyendo esos focos de luz y de grandes recuerdos históricos, y lo que es mas grave y mas lamentable, dejando comprometidos los intereses de muchos desvalidos e inocentes, su conducta les hace asemejarse a una horda de aquellos linos o escitas, que según la salvaje expresión de uno de sus caudillos, esterilizaban para siempre la tierra por donde pasaban.

¡Ah! preciso, aunque doloroso, es confesarlo. La civilización es y ha sido constantemente relativa, y ciertas clases de la sociedad se hallan en una infancia perpetua. Pero qué, repetimos, se proponen esos hombres? A juzgar por sus actos hacen una guerra completamente social; destruyen todos los lazos y todas las relaciones civiles; herir a las fortunas mas legítimas; cometer una en pos de otra las espoliaciones posibles; declarar como un crimen el augusto derecho de propiedad, y santificar el brigandaje con el nombre de un principio. ¡Nunca el socialismo ha tomado una forma mas ácre, mas violenta, mas repugnante. Jamás las doctrinas de los Prohodon, de Fourier y de los Considerant, han arrojado tan venenosos frutos! Ellos, sin embargo, aclaman la república y concitan a la rebelión ajitando esta bandera. Nosotros los consideramos tan ateos en política como ateos en moral; si no lo fueran su proceder envolvería la sentencia de muerte para la democracia española. No han progresado porque llevan en sí mismos el germen de su aniquilamiento; pronto, muy pronto, desaparecerán sin dejar en pos de sí, como una breve tormenta, otra señal que la de sus estragos.

¿Mas por qué no han desaparecido antes? ¿Por qué se les ha dado tiempo a que se reúnan, organicen una cuadrilla y perpetren tales desafueros? Bien quisieramos tener abundantes razones e irrecusables datos para justificar a las autoridades de Sevilla, o para desvanecer al menos la censura o menos espacia que contra las mismas dirige la opinión pública; pero solo conocemos los acontecimientos, y el examen de estos acontecimientos no autoriza a formar el panegirico de aquellas autoridades. Aun cuando no resultaran exactas las versiones que designan el reclutamiento de los facciosos en la misma ciudad de Sevilla y con una publicidad casi escandalosa; aun cuando supongamos que la policía de esta capital no tiene esa vista de Argos que ha mostrado en otras partes y en mas de una ocasion difícil, siempre aparecerá en alto relieve que una partida de ciento cincuenta hombres montados se presentó en Utrera, como caída de las nubes, sin que nadie se hubiese apercebido de su existencia, sin que la Guardia civil, cuya vigilancia no se ha puesto en tela de duda, hubiera descubierto el menor rastro ni reliquia de ella, sin que los intelectos a quienes acababa de arrebatarse sus caballerías imploraran el auxilio de las autoridades con la esperanza de rescatarlas. Esto es grave, es inaudito, es sin disputa inverosímil.

La inverosimilitud se aumenta a medida que se observa la marcha de los sucesos. Los insurgentes se presentan en Utrera, no con el aire de fugitivos, sino con la audacia de agresores; empeñan una lucha con la Guardia civil, incendian su cuartel, escalan la casa del ayuntamiento, exigen gruesas cantidades de dinero, se llevan armas, caballos y municiones, y solo se alejan de aquel punto cuando habían satisfecho sus inmoderados deseos. Siguen su ruta de pueblo en pueblo; de Utrera a Arahál, de Arahál a Paradas, de Paradas a Moron, y en todos estos puntos se repiten las mismas deplorables escenas, y en todos ostentan los rebeldes una seguridad en extremo sorprendente. Por último, se cree que se aproximan a la serraña de Ronda, en cuyo fragoroso corazon esperan hallar la impunidad para sus crímenes.

Ahora bien; ¿se concibe fácilmente que si la autoridad militar de Sevilla hubiera combinado e impreso un impulso poderosamente enérgico a los elementos de persecución, habrían podido permanecer seis días esos dos o tres centenares de facciosos, girando en un diámetro de pocas leguas? ¿Se concibe mejor que si esta persecución hubiera sido tan activa como briosa y hábilmente concertada, los insurrectos se hubieran detenido en todos los pueblos de alguna importancia

para llevar a cabo sus depredaciones y tropelías? Y finalmente, ¿se concibe que en ese término de cinco o seis días no hayan venido a las manos con alguna columna, y que ahora, como el 30 de junio, se hallen en disposición de tomar el camino hacia la entraña de la sierra, burlando los esfuerzos de sus perseguidores? Todo esto es muy poco probable, y aunque sabemos que hay algunos hechos inverosímiles, y que las circunstancias pueden complicarse de una manera extraña, deseamos por la reputación de aquella autoridad militar, por el decoro del gobierno, por el honor de nuestro país, que los acontecimientos se esclarezcan, y que la espada de la ley, fría e inflexible, alcance de lleno a esos aventureros osados.

Esta rebelión raquítica y acéfala, manteniéndose todavía en pie y con un carácter agresivo, puede perjudicar mucho al ministerio. No se explica satisfactoriamente que un gobierno contando con tantos recursos, y habiendo revelado en otras circunstancias una energía de primer orden, no agite parte de estos recursos, y anonadando a aquella, devuelva la tranquilidad a los ánimos atribulados. La maledicencia se apodera de esta duda, y la convierte en sospechas que aceptadas por la cándida ignorancia de algunos y fomentadas por la credulidad interesada de otros, llega poco a poco a tomar cuerpo y a convertirse en un rumor general.

Según este rumor, el gobierno, que no ha estinguído a esa gacilla, permite creer que no sabe obrar con la debida actividad y prevision. Nosotros estamos muy distantes de prestar crédito a semejante especie. No obstante, existiendo la causa, es imposible evitar los efectos; mientras esa cuadrilla subsista; mientras esos hombres, con la espada en una mano y en la otra la tea incendiaria sean una protesta viva contra nuestra cultura, y un elemento de agitación, el pensamiento público seguirá una dirección torcida, acogerá esas suposiciones, y quedará para muchos en problema el tino y la discreción del gabinete.

La confianza del pueblo es el escudo de todos los gobiernos; pero esta confianza no se impone, se crea con un proceder noble, franco y recto, y se sostiene con una consecuencia invariable. La lógica política no es un silogismo, pero requiere premisas ciertas y luminosas. El ministerio que siguiendo adherido firmemente a la línea constitucional, hubiese quitado todo pretexto ocasional hasta a sus mas encarnizados enemigos, hoy no puede presentar la consecuencia como su dote característica. Lo deploramos por él y por ese país desgraciado, que atormentado siempre y sin disfrutar un instante de sosiego, podrá confundir en el escepticismo de la desesperación a los médicos sabios y celosos con los empiricos insolentes y charlatanes. El día que esto se verifique ¡qué será de la infortunada España!...

Abrióse ayer la sesión en el Senado a las dos y veinte minutos, bajo la presidencia del señor marqués de Viloma.

Leida el acta de la anterior, fué aprobada, despues de una breve rectificación del señor conde de Mirasol.

Dióse cuenta en el despacho ordinario del proyecto de ley de imprenta aprobado en el Congreso, del arreglo de límites con Francia, y del dictamen de la comisión sobre las bases del proyecto de ley de instrucción pública.

Entróse en el orden del día, y quedaron sin discusión aprobados en votación ordinaria los cinco artículos del proyecto de ley que dispone la autorización para que se lleven a cabo las obras del ferro-carril, que partiendo de Barcelona y pasando por Granollers y Arenys de Mar, empalmará en la Rambla de Santa Coloma de Farnés y seguirá por Girona hasta la frontera de Francia.

Acto continuo se suspendió la sesión, para que las secciones nombraran la comisión que ha de dar dictamen sobre la autorización pedida por el gobierno para plantear la ley de imprenta.

Abierta la sesión de nuevo, se leyeron los nombramientos de presidentes, vice-presidentes y secretarios de las secciones, y los nombres de los senadores que compondrán la comisión sobre imprenta, resultando ser los señores Arceola, conde de Balmaceda, Gonzalez Nandín, Olivari (don Alejandro), Santillan, Huet y duque de Rivas.

No habiendo suficiente número de senadores para votar por bolas el ferro-carril de Barcelona a la frontera de Francia, el presidente acordó para hoy la aprobación definitiva, y levantó la sesión a las tres y cuarto.

Leida ayer en el Congreso el acta de la anterior, el señor Mazo hizo presente a la mesa que, no habiendo podido hallarse presente en el momento de la votación nominal, deseaba que constase su voto conforme con el de la minoría.

Acto continuo se leyó el dictamen de la comisión de presupuestos sobre el proyecto de ley presentado por el gobierno; despues de lo cual se suspendió la sesión por media hora para la reunión del Congreso en secciones.

En la segunda parte de la sesión, y despues de

darse cuenta de los asuntos de que se habían ocupado las secciones, obtuvo la palabra el señor Verdugo para pedir explicaciones al señor García Hidalgo acerca de unas frases pronunciadas por este en la sesión del viernes, mientras el señor Verdugo apoyaba su enmienda al proyecto de autorización para plantear la ley de imprenta. Quería saber el señor Verdugo si las palabras que hacia referencia habían sido proferidas con designio de atacar a la persona del orador o inferir a este cualquiera clase de ofensa. Pero el señor García Hidalgo espuso francamente que no había tenido intención de agravar ni lastimar en lo mas mínimo al señor Verdugo; con lo cual se dió este por satisfecho y terminó el incidente de que hemos hecho mérito.

El señor Iranzo apoyó una proposición sobre la concesión de un ferro-carril desde el criadero carbonífero de Utrillas (Teruel) al Ebro; que fué tomada en consideración por la Cámara.

Tras una breve discusión, se aprobaron las actas del distrito de Andujar, y se admitió como diputado al señor marqués de la Merced.

Aprobáronse asimismo sin discusión las del distrito de Olot.

Lo mas importante de la sesión fué la manifestación hecha por el señor duque de Valencia, a instancia de un señor diputado, respecto del estado de Andalucía. Con satisfacción oyó el Congreso, y con la misma atención a nuestros lectores, que la facción de Despenaperros ha sido batida y deshecha; que se han obtenido importantes revelaciones de los sediciosos que han sido presos, acerca del origen de la insurrección; que la facción de Utrera luía a la desbandada de la persecución de las tropas leales, y en estado de completa disolución, procurando ganar la plaza de Gibraltar, aunque es muy difícil que lo consiga; que en todas las demás provincias se disfruta de completa tranquilidad, y que el gobierno está resuelto a castigar severamente así a los que se descubra como autores y cómplices de las sediciones de Andalucía, como a todos aquellos que en lo sucesivo atenten de cualquier modo contra el orden público. No hay duda que los movimientos de la Carolina y Utrera tenían, según noticias del gobierno, carácter republicano y han sido fraguados y alentados por hombres de aquel color político. Añadió el señor presidente que no comprendía la especie de alarma que advertía en Madrid, siendo así que no hay peligro de que se altere la tranquilidad pública; que el gobierno está muy alerta, y que cualquier tentativa revolucionaria sería pronta y enérgicamente reprimida. En esta, como en todas las cuestiones que afectan al orden público, nos tendrá siempre de su lado el gobierno de S. M.

Otro incidente surgió en la sesión de ayer, que se aguardaba sería fecundo en esas escenas de recriminaciones y de personalidades que tanto agradan a ciertas gentes, pero que quedó reducido a muy pequeñas proporciones. Se trataba de una proposición de los señores conde de San Luis, Esteban Collantes y otros, pidiendo que se continuase la investigación parlamentaria iniciada en las Cortes constituyentes acerca de los actos de las administraciones moderadas anteriores a julio de 1854.

El señor conde de San Luis manifestó las razones de decoro que le habían movido a él y a sus amigos políticos a presentar dicha proposición, los motivos porque se había retardado, y el propósito que les animaba de provocar un amplio debate sobre los actos de aquella administración. Creía el señor conde de San Luis que las circunstancias actuales no eran las mas propicias para ello, pero estaba dispuesto a entrar en lucha si el Congreso opinaba que no había inconveniente en abrir la polémica.

Si se quiere tomar en consideración esta proposición, decía S. S., en nuestro puesto estamos, y entraremos en el debate: aceptaremos la responsabilidad de la discusión, siempre que sea colectiva. Igual manifestación hizo el señor Esteban Collantes, cuando el señor Bermudez de Castro quiso presentar una proposición de no haber lugar a deliberar, que no se llegó a discutir. Creemos de todos modos que el señor conde de San Luis y demás firmantes de la proposición han cumplido con un deber de honra y declinado una grave responsabilidad, pidiendo que se esclarezca la conducta del ministerio a cuya política estaban intimamente ligados; como no dudamos tampoco, y así lo manifestó el señor conde de San Luis, que volverán a insistir en su noble propósito tan pronto como se presente para ello ocasion oportuna.

La Cámara no tuvo a bien tomar en consideración la proposición mencionada, y se levantó la sesión a las cuatro de la tarde.

El director de El Occidente cumple con el mas grato de los deberes al manifestar a todos, todos sus dignos compañeros de la prensa política que se ocupa de esta materia, su profundo agradecimiento por la inmerecida benevolencia con que han juzgado su modesto discurso del sábado. El señor Mazo acepta las lisonjeras demostraciones de nuestros estimados colegas, no por lo que pueden referirse a su insignificante persona, sino en cuanto hacen relación a las intenciones y pa-

trísticos deseos que le animan en favor de los intereses de la prensa, que ha defendido siempre y está dispuesto a defender con la franqueza, decisión y lealtad de quien profesa las ideas liberales. Toda la gloria de la memorable sesión del sábado corresponde exclusivamente a los señores Campoamor y Ayala, que al volver con entusiasmo energía por los fueros vulnerados de la prensa periódica, han dejado escritos sus nombres ilustres entre los primeros del brillante catálogo de nuestros oradores parlamentarios.

Despues de las satisfactorias e importantes manifestaciones hechas ayer en el Congreso por el señor duque de Valencia, y de que en otro lugar nos ocupamos, poco podemos decir acerca de las facciones de Andalucía.

Las cartas de Sevilla nos dicen que los sediciosos salieron a la una de la madrugada del día 4.º del Arahál, y pasaron a Paradas, donde cometieron los mayores excesos, maltratando gravemente al cura párroco, destruyéndole la casa y rompiendo las vasijas donde se guardaba el vino y el aceite. Despues de tales actos de refinada barbarie, pasaron a Moron donde entraron a las siete de la mañana del mismo día, sin obstáculo ni resistencia, porque el comandante de las escasas fuerzas que allí había, no creyó prudente aventurar un choque, y evacuó la población. Dueros de esta los foragidos, escitaron al populacho para que incendiasen los edificios, pero nadie se unió a ellos, a escepcion de un individuo que se contentó con dar gritos de viva la república y mueran los ricos. Quisieron constituir nuevo ayuntamiento, y pidieron una gruesa suma de dinero; pero avisados de que las tropas habían llegado al Arahál y se aproximaban, salieron, llevándose varios caballos, y con dirección hacia Pruna, sin duda para internarse en la Serranía de Ronda. Las noticias recibidas en Sevilla hacían subir a 400 próximamente el número de los insurrectos, tanto de a pie como de a caballo.

A las ocho del día 1.º entraron en Pruna, donde permanecieron hasta la mañana del 2.º, que salieron con dirección al pueblo de Alcalá del Valle, correspondiente a la provincia de Cádiz. Robaron y cometieron los mismos excesos que en los otros pueblos, llevándose algunos caballos y armas de los vecinos. De los rezagados fueron aprehendidos dos y un caballo por los paisanos, con una parte del dinero robado.

Las cartas de donde extraemos estas noticias, añaden que las tropas que iban en persecución de los rebeldes caminaban con suma parsimonia y que no se había desplegado toda la actividad y energía que se requieren en tales circunstancias, lo cual no se acertaba a explicar, y mantenía vivas las esperanzas de los revoltosos de Sevilla y la inquietud de las personas honradas y pacíficas.

En este momento, dice una carta de Sevilla, fecha 5, se acaba de recibir un parte del alcalde de Marchena, manifestando que la Guardia civil de aquel punto se había avistado con los facciosos, y despues de un prolongado tiroteo, a pesar de ser aquellos en mucho mayor número, dejaron un muerto y cuatro prisioneros en poder de las guardias, continuando precipitadamente la marcha hacia Ronda.

Es satisfactorio, en lo general, el estado del espíritu público. En Marchena, Moron, Coronil, y demás pueblos de importancia, se hallan armados todos los vecinos honrados, y dispuestos a defender sus vidas e intereses de la rapacidad de los vándalos.

Repetimos que las anteriores noticias han perdido su interés despues de lo manifestado a las Cortes por el señor duque de Valencia.

Leemos en El Norte de Castilla:

«Hacemos a nuestros suscritores una observación sobre lo que digamos en nuestro artículo del 30 de junio, referente al ferro-carril del Norte, en el cual espusimos que, merced a la comunicación de S. E. el señor ministro de Fomento, las obras del citado ferro-carril recibieron el impulso que tenian antes.

Posteriormente el señor ingeniero de la empresa nos ha demostrado hasta la evidencia, relativamente a estas líneas, que todas las órdenes que ha recibido para dar actividad a los trabajos, datan de fecha muy anterior a la comunicación de S. E. Recordando los tiempos, hemos visto que nosotros mismos, con datos suficientes, habíamos mas de una vez del desarrollo que adquirían las obras, antes de que fuese publicada dicha comunicación.

Tenemos una verdadera satisfacción al consignar el hecho precedente en las columnas de nuestro periódico, para evitar una creencia que, aunque procediese de un error en las fechas, podría perjudicar, si bien remotamente, al buen nombre de la sociedad del Crédito Mobiliario.

También nosotros sentimos una gran satisfacción al ver que la opinión pública sabe hacer justicia a la actividad y buen deseo que anima a esa empresa para llevar a cabo los graves compromisos que tiene contraídos con el gobierno y con el país en general. El Crédito mobiliario ha consagrado sus afares y sus capitales a obras de altísimo interés para nuestra patria, y que de otro modo hubiese sido muy difícil, sino imposible, realizar en muchos años.

Hoy empezamos a insertar los notables discursos pronunciados en las Cortes en defensa de la imprenta. Damos principio por el del ilustrado director de La Epoca, señor Coello, y seguiremos publicando en los dias sucesivos los de los señores Mazo, Campoamor y Ayala; no pudiendo hacerlo de todos simultáneamente por falta de espacio.

La altísima importancia de la sesión celebrada el sábado en el Congreso, exige que destinemos un lugar preferente en nuestras columnas, para recapitular los principales párrafos de la sesión que han hecho nuestros apreciables colegas, de los discursos pronunciados en aquella memorable sesión por los diputados defensores de la prensa.

Quisiéramos disponer de suficiente espacio para publicar íntegros sus artículos; pero nos vo-

mos en la sensible necesidad de hacerlo únicamente de los pasajes mas notables.

Recordamos otra vez que contando en el número de los impugnadores del proyecto el director de nuestro diario, un sentimiento de modestia nos obliga a ser parcos en nuestras apreciaciones. Por eso nos limitamos a copiar las que hacen los demás periódicos.

La España. —«La sesión de ayer hará época en los anales de nuestro Parlamento. El señor Pidal reconoció ayer con una franqueza digna de aplauso, que existe una juventud bastante ilustrada y vigorosa para mantener en toda su pureza las tradiciones mas gloriosas de nuestro país. El hecho es cierto, y ayer quedó altamente demostrado.

La discusión de la totalidad dió a conocer tres oradores que nombraremos por el orden en que sus brillantes discursos se agolpan con las últimas impresiones a nuestra memoria: los señores Ayala, Campoamor y Mazo.

El señor Ayala es un verdadero Atleta parlamentario: Ha empezado su carrera política por donde nosotros primeros oradores la han concluido: una sola oración, defendiendo al Padre Cobos, había probado sus fuerzas; ya entonces dió indicios de las esperanzas que ayer colmó del modo mas completo; su palabra, que resonaba por primera vez en el Congreso, produjo un inmenso efecto moral en el ministerio, en la mayoría, y en el público que asistía a las tribunas. Tal y tan honda fué en nuestro concepto la impresión que ocasionó su discurso, que si el ministerio sin peligro de su propia existencia, y sin producir una gran perturbación en los negocios públicos, se hubiera encontrado en libertad de retirarse en el acto la ley, tal vez lo habría hecho. Nosotros no aspiramos a que nuestros lectores nos crean por el simple testimonio de nuestra palabra; pero publicaremos íntegro este discurso; lo examinaremos mas despacio, continuando la serie de artículos que tenemos comenzados, puesto que la cuestión de la ley queda íntegra, y su discusión está pendiente todavía, aun despues de aprobada la autorización, y entonces llevaremos al ánimo de cuantos nos lean el mas profundo convencimiento.

El discurso del señor Campoamor, de un género que nadie puede imitar, sembrado de agudezas y conceptos ingeniosísimos, habría sido envidiado por el mismo Beranger, que con ser uno de los poetas mas populares de Francia, no alcanzó en la asamblea legislativa, a ser diputado de una elocuencia tan original, tan incisiva, tan ácida como la de nuestro antiguo, querido y entrañable amigo el señor Campoamor. Hoy estamos orgullosos de haberle tendido una mano de sincero afecto y dulce cordialidad. Cuando en su primer discurso en la actual legislatura, por falta de práctica, lastimando al parlamento se hirió a sí propio, era aquel el primer ensayo de un estilo enteramente nuevo, que está ya completamente formado, y hoy es una cosa perfecta, inimitable en su género. «Vuestra ley es pan de gobierno para hoy, hambre de justicia para mañana.» El señor Campoamor hizo trizas la ley, analizando de una manera que su discurso en realidad ni fué contestado ni pudo serlo.

El señor Mazo, nuevo también en las lides de la tribuna, no descompuso el cuadro de la apoteosis de la prensa periódica, hecha con ocasión de la misma ley, con la cual se ha pretendido anonadarla. El joven director de El Occidente, que en los dos últimos años ha luchado brioso y valiente contra la revolución, no quiere arrojar el arma que le sirvió para vencer a sus enemigos. ¿Qué soldado rompe la espada que le dió días de gloria en defensa de su Dios, de su reina y de su patria? Somos en este punto de la misma opinión que el señor Mazo.

El Diario Español. —La desgracia nos hace fatalistas.

Estaba escrito sin duda que la prensa pasase por la dura prueba a que ahora se la sujeta. Grandes y generosos han sido los esfuerzos hechos para salvarla; pero la prensa ha sucumbido; la autorización se ha votado; el flamante proyecto se planteará en breve, y acaso no trascurrirá mucho tiempo sin que dejen de sentirse los efectos, que de la adopción de tan grave medida pueden originarse.

Dignos de todo elogio, acreedores a toda gratitud son los nobles defensores de la prensa: sin olvidar a ninguno, tenemos que hacer, sin embargo, especial mención de los que han encontrado ocasión de distinguirse en el curso del debate, imprimiéndole el carácter de elevación que correspondía a cuestión de tanta importancia y trascendencia.

Si algo puede atenuar la dolorosa impresión que nos ha producido el golpe de gracia que acaba de recibir la prensa; si algo puede desvanecer la penosa preocupación de que estamos poseídos, es ciertamente la manera digna, y en alto grado elocuente con que se ha vuelto por los fueros de esta institución, por sus derechos mas sagrados.

El señor Mazo defendió bien y con ánimo denodado a la prensa, como uno de sus dignos representantes y como celoso diputado.

Tocóle el turno al señor Campoamor y bien pudo comprenderse por las señaladas muestras de aprobación que obtuvo, la gran sensación que produjo su notabilísimo discurso. Gráfico, correcto, ingenioso, lógico, de agradables formas literarias, propúsose demostrar en él, y lo demostró en efecto, a nuestro entender, de un modo incontestable, que la ley que iba a plantearse era arbitraria, era la negación inevitable del ejercicio de la virtud, la bancarrota de la prensa, el bloqueo de la opinión pública, el estado de sitio, en fin, de la inteligencia humana.

Renunciemos a dar una idea exacta de este discurso que tan vivamente impresionó al Congreso; a su tiempo lo insertaremos íntegro en nuestras columnas, así como los demás que se han pronunciado en esta ocasión solemne. El señor Campoamor recibió al concluir las calorosas felicitaciones de amigos y adversarios; recibía también las nuestras el simpático diputado y escritor.

El último orador que habló contra el proyecto fué el señor Ayala, y aunque a hora avanzada, y a pesar de que parecían haberse agotado los argumentos mas captales, logró elevar el debate a mayor altura, conquistándose en una hora un puesto como hombre político, envidiable y merecido. De las cualidades oratorias del señor Ayala, conocido ventajosamente como literato de gran talento, tenemos ya noticia por la brillante defensa que en un tiempo hiciera de un periódico satírico que alcanzó justo renombre. No defraudó ayer las esperanzas que entonces nos hizo concebir el joven diputado. Profundo, filosófico, fogoso sin ser apasionado, de una elocuencia natural y espontánea, desenvuelto en el curso de su magnífica peroración una serie de altas consideraciones políticas tan verdaderas como importantes, que causaron honda conmoción y arancaron unánimes aplausos.

El Criterio. —«Dicenmos que el señor Nocedal trató duramente a los periodistas en su réplica al señor Santa Cruz, sosteniendo que somos enemigos de la discusión, porque no queremos escuchar a S. S. Esto carece completamente de fundamento, porque en la sesión del día anterior pudo ver el señor Nocedal la atención con que escuchamos al señor marqués de Pidal y a los individuos de la comisión de imprenta. A quien no podemos, a quien no debemos oír, es al señor Nocedal. Bien sabe S. S. la razón que nos asiste para observar esta conducta; y si S. S. la ignora no tendremos nosotros la culpa de ello.»

cruidad de decirlo. La tribuna, como hemos indicado, quedó cerrada por orden del señor Martínez de la Rosa; y sobre este hecho no queremos tampoco hacer comentario de ninguna especie, porque nos inspira una profunda compasión la actitud política que el señor Martínez de la Rosa ha tomado en los últimos días de su gloriosa carrera.

Desechada la enmienda del señor Santa Cruz, se entró en la discusión de la totalidad del dictamen sobre la consabida autorización, y nosotros, refugiados en otra tribuna, tuvimos el gusto de oír a nuestro compañero el señor Mazo, que pronunció un buen discurso atacando el proyecto de ley con razones incontestables, que hallaron nuestros lectores en el extracto de la sesión. Contestó al digno director de El Occidente el señor Marfori, cuya pronunciación, exageradamente andaluza, hace difícil la inteligencia de sus conceptos, por lo que solo pudimos comprender que S. S. cree que la nueva ley impide a la imprenta causar daños a la sociedad, y le abre el camino de hacer muchos beneficios. Sobre este supuesto tema, discursó largamente el gobernador civil de Madrid.

Todavía a la vez al Sr. Campoamor, quien pronunció un notabilísimo discurso, el mejor que ha salido de los labios de este distinguido y ameno escritor. S. S., abogando por los fueros de la imprenta, sostuvo y probó hasta la evidencia que el proyecto del gobierno atenta contra la libertad de la imprenta, el bloque de la opinión pública y el estado de sitio de la inteligencia. Profundo y razonador, unas veces, sarcástico otras, pero siempre digno e intencional, el orador fué escuchado con religioso silencio, interrumpido a veces por marcadas señas de aprobación. Al terminar el señor Campoamor su excelente peroración, se vió rodeado de gran número de diputados que desde todos los bancos corrieron a felicitarle con verdadero entusiasmo.

En medio de la confusión natural, producida por este incidente, se prorogó la sesión y empezó a hacer uso de la palabra el Sr. Campoamor, como de la comisión, teniendo la mala suerte de no ser escuchado ni aun por sus compañeros.

A hora muy avanzada concedió el señor presidente la palabra para impugnar el dictamen al joven diputado por Mérida, D. Adelardo López de Ayala, que precedido de una brillante reputación como orador parlamentario, en la memoria de los señores diputados, en este ensayo a una altura que no han alcanzado todavía, ni es probable que alcancen, el Sr. Ayala, con fici, elegante y correcta dición, con maneras distinguidas, y con una entonación noble y arrogante, cautivó completamente a su auditorio; el Sr. Ayala, con su oportuna, vigorosa y contundente argumentación, llevó el convencimiento al ánimo de todos, hasta al de sus contrarios.

Entre tanto diremos, que un país que cuenta con inteligencias tan elevadas y caracteres tan nobles como los que se han visto descolgar ayer, no puede ser presa de los hombres retrógrados sino por breves períodos de tiempo; de hoy más confiamos en los altos destinos de nuestra patria y en el triunfo de las ideas liberales. Al Sr. Ayala quiso contestar el señor ministro de Estado; ¡improbable! S. S., vacilante y trastornado por el efecto del discurso que acababa de oír, insistió en el tema de que la obra del gobierno no había sido atada con razones. Con razones de las que S. S. usa, ciertamente que no.

Pues la votación del dictamen fué aprobada nominalmente por 174 votos contra 21, ó lo que es lo mismo, 174 diputados firmaron a favor de la sentencia de muerte del partido moderado. Seale la tierra ligera!

El gobierno acaba de obtener un triunfo bastante híguro y medroso. Basta decir que todos los diputados que han combatido la autorización, lo mismo los ministeriales que los independientes, así los de la unión liberal como los progresistas, han terminado sus discursos pronunciando que la ley de supresión de la imprenta lleva consigo la prevención de sangrientas revoluciones. Así lo han dicho los Sres. Verdugo, Coello, Mazo, González Serrano, Campoamor, Santa Cruz y Ayala.

La Crónica. — «... Se entró después en la discusión de la ley de imprenta. El señor Santa Cruz, y este señor diputado, con la autoridad de su respetable palabra, con la sensatez de su razonamiento, hizo una defensa de la prensa periódica tan digna y templada como lo son todos los discursos de S. S.

El señor Nocedal contestó a este señor diputado, pero en este momento no estábamos en la tribuna.

No volvimos a estar en otro ningún momento, porque cuando en cumplimiento del reglamento puede lanzarse de las tribunas a los que hagan demostraciones en cualquier sentido, y aun cuando al dejar la tribuna, la tribuna de periodistas hacia, no una demostración perturbadora, sino una demostración solemne, digna y altamente expresiva, creemos que no había derecho dentro de ese reglamento para cerrar la tribuna a los periodistas, que, sin haber estado antes en ella, quisieran entrar después, fundados en un derecho que la justicia y el respeto que se merecen les han concedido.

El señor Mazo espland después, los fundamentos de su oposición al dictamen. El señor Mazo sostuvo a una altura respetable los derechos de la prensa; manifestó los defectos y los inconvenientes del proyecto de ley; se opuso a la contradicción de algunos artículos del proyecto mismo; combatió la idea política a cuyo nombre se invocaba la aprobación, y concluyó predicando la revolución si el gabinete continuaba en la senda de la reacción.

El señor Marfori contestó a este señor diputado; en este momento estaba cerrada nuestra tribuna.

Oímos elogiar a los amigos del señor Marfori su discurso, sin borrar la no favoreciere su pronunciación.

El Sr. Campoamor, dignamente incisivo, con su frase punzante y recordada, con su elocuencia viva e ingeniosa, analítica y profunda, y a veces elevada e imponente, arrancando sonrisas de excelente carácter, arrastrando aplausos de sincera aprobación, y atacando al proyecto como bancarrota de la prensa, como bloque de la opinión pública, como estado de sitio de la inteligencia humana, consiguió ayer uno de esos triunfos parlamentarios que dan al hombre público la supremacía del talento y del estudio.

El Sr. Campoamor, como de la comisión, contestó a este señor diputado, pero en este momento estaba cerrada nuestra tribuna.

Había después el Sr. D. Adelardo López de Ayala. Es imposible describir con fidelidad el discurso de S. S. Todas nuestras palabras no podrían dar al magnífico cuadro de su elocuencia su verdadero colorido. Orador de sentimiento y de reflexión, pensador profundo y confiado, elevado en la actitud, elevado en la argumentación, elevado en el gesto, imponente en la mirada, correcto en el estilo, grave en la forma, persuasivo porque habla a la razón, arrebatador porque habla al corazón también, el Sr. Ayala posee todas las condiciones del orador eminente, sin tener ni el más leve de los defectos. Para comprender el valor de su oración de ayer, no basta leerla; es preciso ver al orador en el momento de crear su obra; es preciso contemplar de cerca la valentía de su frase, la robustez de su voz, lo elevado de su inteligencia, lo profundo de sus conceptos, lo elegante de sus períodos, la exactitud de sus juicios; es indispensable ver la impresión que causan sus palabras, la fascinación que producen en todos los ánimos, la fidelidad con que domina a su auditorio y absorbe y reconcentra bajo la presión de su elocuencia todos los sentimientos, sin excepción, del respeto y de la admiración que por todos cuantos le oigan se le consagra.

El señor marqués de Pidal contestó a este señor diputado, pero en este momento estaba cerrada nuestra tribuna.

Con los discursos que ayer se pronunciaron, la prensa no ha muerto, no podrá nunca morir mientras la civilización impera. Al cortar por su base ese árbol frondoso, se ha descubierto el precioso e inagotable tesoro de fecunda lozanía que en su tronco encerraba. Lo hemos presenciado; y aun nos parece imposible que se haya aprobado el proyecto después de los discursos de los Sres. Santa Cruz, Mazo, Campoamor y marqués de Pidal, que usó de la palabra en contra, si

bien la había pedido en pro, apelando a este ardid parlamentario.

La flor. — «Ayer dijimos que el sacrificio de la prensa había dado principio: hoy ha sido consumado. Antes de resenar la sesión, justo es que ennobecemos nuestro artículo con los nombres de los señores diputados que han votado en contra de la ley y de la autorización para plantearla.

Nuestro agradecimiento hacia los esfuerzos defensores de la institución es sincero y cordial: nuestra felicitación es doblemente desinteresada, porque la elevamos con orgullo, cuando la causa de la civilización ha sido perdida numéricamente, no por falta de justicia, no por escasez de razón, no por ausencia de oportunidad, no por carencia de talento y de elocuencia; sino por el alarde de imposición que ha hecho el gobierno sobre la mayoría, la cual se ha prestado solícita a sacrificarse a sí misma como partido, sacrificando con su voto a la libertad del pensamiento escrito, antes que desagrado a ese gobierno, que cegado por el amor propio de uno de sus individuos, se precipita por una pendiente en donde al fin será sepultado entre los escombros del sistema representativo.

El señor Nocedal, a quien tuvimos la virtud de oír desde la tribuna de ex-diputados, no defendió el proyecto, alegando que todos decían que era malo, pero que ninguno daba razones.

¿Cuáles serán las razones para S. S.? ¿Serán el suponer que la prensa no quiere discurrir, no quiere oír los dictados que contra ella lanza, cuando de ella se ocupa, quien todo lo debe? Cuando incidentalmente habló de la prensa el señor Campoamor, en la contestación al discurso de la corona, dijo el señor Nocedal que no se dignaba contestar. Cuando el señor Ríos Rosas condenó el estado de la prensa, el virtuoso ministro respondió con el silencio. Cuando los señores Illas, Coello, Verdugo, González Serrano y Santa Cruz, espusieron con lucidez los defectos y los absurdos que el proyecto contenía, el señor Nocedal aludó todas las razones; cambió los argumentos, empleó el sofisma y no rebatió ni uno solo de los abrumadores cargos que se le habían dirigido. Y después, tanto él como el señor ministro de Estado, decían que no se probaba lo defectuoso de la ley. Si a ellos les falta talento y elocuencia para defender una causa mala, si no tienen razones con que sostener su célebre obra, ostentan al menos la franqueza de decir: «mala es la ley, el gobierno la quiere, y la quiere a toda costa, porque le molestan sus censuras, porque le irritan sus verdades, porque le es más grato adormecerse a los arrullos de la lisonja de los cortesanos, que ver consignadas a cada paso sus contradicciones, y resacaños sus desaciertos, y este realismo de los pueblecillos temores de los que en su debilidad hacen simulacros de fortaleza.» Esto al menos tendría el valor de la franqueza: esto al menos probaría la coquedad, pero no la hipocresía.

¿Pero qué importa a la prensa como institución, el decreto de muerte contra las empresas que la sostienen, si ha de renacer más vigorosa y más firme después de la persecución que hoy sufre; si en el quebranto de intereses materiales no puede quedar ni quedar enterrada la idea? ¿Qué la importa una votación numerosa en su contra, si cuenta a su favor con tan buenos abogados, si a su defensa se han consagrado voces tan elocuentes, corazones tan juveniles, espíritus tan independientes, inteligencias tan delicadas como las de los señores Mazo, Campoamor y Ayala, que ayer fueron los reyes de la palabra en el Congreso? Los que ayer y anteayer han hecho oír su voz defendiendo los fueros de la prensa, han conquistado una corona de gloria tanto más maldecida, cuanto mayor es el número de los que negativamente ministeriales signaron la senda que los marcó el señor Nocedal.

La prensa tiene que evanescerse del resultado de otra comparación que salta a la vista: es la cuestión de reforma constitucional en que estaba interesada la grandeza de raza, no ha habido siquiera una voz elocuente que del seno de esa grandeza haya salido a defenderla; del seno de la prensa han brotado, como raudales caudalesos, como rayos brillantes, inteligencias luminosas, corajones virgines, alientos briosos, que se han alzado sobre el número, para ahogar con la elocuencia, con la razón y con el talento, las apañadas inteligencias vulgares que no van más que la corteza de las cosas, cuya vista solo llega al límite del horizonte que divisan, cuyo materialismo les impide elevarse a la esfera lo sublime, porque está vedado a los asombrados pajarrillos remontarse a las regiones de que son dueños las águilas caudales.

Y al terminar la sesión cumplimos el más grato de los deberes, manifestando nuestro profundo agradecimiento a todos los oradores que han defendido a la prensa, a todos los que estaban dispuestos a abogar por ella si la discusión no se hubiera ahogado, y a todos los que votaron contra el proyecto de autorización, alzando en su derrota un triunfo que les envidiarían bien pronto los ministros y la mayoría que siguió sus huellas.

El señor Marfori es el único individuo de la comisión que ha sabido coordinar sus frases: sus ideas fueron descaídas, pero su decir es fácil. Se nos figura desde que hemos oído al señor Marfori, que se divide ya en la lontananza el sucesor del respetable y virtuoso ministro de la Gobernación. Esto no obsta para que con nuestra habitual franqueza consignemos que la victoria numérica la ha ganado el señor Nocedal: él ha impuesto al proyecto al gobierno: él se lo ha impuesto a la mayoría: él ha precipitado su aprobación: él hizo cuestión de amor propio ese engendro con cuya aprobación han salido muy lastimados el amor propio de sus compañeros y su posición ministerial. El señor Nocedal desde hoy tiene derecho a ser el verdadero jefe del partido moderado; y si por respeto al actual no se le otorga ahora el diploma, no se le podrá por lo menos negar que es el hombre más importante de su comisión.

La Península. — «Desechadas ya todas las enmiendas y la proposición del señor Santa Cruz, se entró en el fondo de la cuestión principal, usando de la palabra en contra tres oradores, únicos que permite el reglamento.

Estos tres oradores fueron los señores Mazo, Campoamor y Ayala.

El señor Mazo empezó haciendo el panegirico de la libertad de imprenta, de esa libertad que las resume todas, de esa libertad sin la cual consideramos imposible la existencia del régimen representativo.

El joven director de El Occidente, que tiene fe en la excelencia de las doctrinas moderadas, y que aun no perdía por entero la confianza en los sentimientos constitucionales de algunos de los ministros, procuró demostrar que había cierto dualismo, cierto antagonismo en el seno del gabinete. No obstante, salieron de sus labios palabras muy amargas que iban a caer como plomo derretido sobre las cabezas de todos los consejeros de la corona. Les dijo, entre otras cosas, que lo que se trataba de impedir no era tanto los ataques a la religión y a la sociedad, como la censura de los actos de los ministros.

El discurso del señor Campoamor es una obra acabada. No hay manera de estricarlo. O se le reproduce íntegro sin omitir una sola sílaba, o no debe haberse leído de él. Esto lo decimos nosotros, que somos adversarios políticos de S. S., pero que hacemos justicia a la inteligencia donde quiera que la veamos.

El señor Campoamor se ha expresado con una concisión admirable, y con una dicción poderosa. Su estilo es asemeja algo al de Víctor Hugo; concreto, sentencioso, poético, y algunas veces delicadamente epigramático. En sus frases no sobra ni falta una palabra. En resumen, la elocuencia del señor Campoamor, es la antitesi de la elocuencia del ministro de la Gobernación, que a falta de ideas se entretiene en divagar con sonoriñas amplificaciones, y en conjugar veinte veces un mismo verbo por activa y por pasiva.

La peroración del diputado por Valencia se redujo a demostrar la exactitud de las cinco proposiciones siguientes:

- 1.º La legislación de la arbitrariedad.
- 2.º La imposibilidad del ejercicio de la virtud.
- 3.º La bancarrota de la imprenta.
- 4.º El bloque de la opinión pública.
- 5.º El estado de sitio de la inteligencia humana.

Paréciese imposible que lograse ningún diputado trascender oír de la Asamblea después de la bellísima oración del señor Campoamor; pero ayer quiso Dios que

saliesen como del seno de la tierra defensores dignos de la grande y nobilísima causa de la imprenta.

El señor Ayala, venturosamente conocido en el mundo literario por sus excelentes obras dramáticas, no tenía ayer posición ninguna como hombre de Parlamento. Desde hoy es una de las glorias de esa lucida plejada de oradores que la nueva generación va llenando los huecos que la impalpable muerte abre en la gigantesca falange de los inmortales Cicerones de 1812.

Probó en primer lugar que no tan solo se ahoga la emisión de la idea política, sino también la emisión de la idea científica. No tan solo se mata el periódico o el libro; porque para los fines de la ley todas las obras son periódicos, puesto que consideran como tales a los que no escuden diez pliegos, y aquí, donde de todas se publican por entregas, ninguna queda escocorada.

Observó después que se hace de peor condición a los periodistas que a los criminales, pues a estos últimos se les permite dar a luz sus defensas y a los primeros no.

Para demostrar la inutilidad de las medidas represivas que se emplean contra la imprenta, dijo que cuando esta se halla libre, la columna es nula, y cuando se encuentra comprimida, la columna es terrible; ¡triste suerte, añado, la del gobierno a quien nadie acusa en público, porque todos le acusan en secreto!

Juzgar ahora el alegato del señor Pidal, sería arrojar un borro sobre un hermoso cuadro. Si el buen marqués hubiese dado siquiera algunas muestras de esa argucia escolástica que lo distinguió en otro tiempo, si se hubiese contentado con ser agresivo como tiene por costumbre, si se hubiese concretado a recordar los incendios de Valladolid, que es la eterna multitud de los moderados pobres de entendimiento, nos limitáramos a compadecer la situación en que las circunstancias colocaron a su señorío. Pero el señor marqués estuvo desgraciado como político, desgraciado como diputado, y desgraciado como académico. Repitió varias veces que lo que el gobierno se había propuesto... No queremos continuar. Nosotros no analizamos más discursos que los que se pronuncian en castellano. Si hay en Asturias algún diccionario ministerial escrito en bable, eso podrá encargarse de traducir las palabras del orador de las reinas hembras y de los hombres que reviven vivos.

La sentencia de muerte de la imprenta está ya firmada.

La imprenta, celoso fiscal de los poderes arbitrarios, centinela avanzado de las libertades públicas, propagador activo de la ilustración, alma y esencia del sistema representativo, la imprenta está ya condenada a muerte.

Condólamonos de los que hoy la arrastran al suplicio y tengamos fe en el porvenir, tengamos fe en la Providencia.

Despidámonos de la libertad de imprenta, de esa santa libertad, siete veces santa, de la que todos somos hijos, a la que todo se lo debemos, y que fué hasta aquí nuestra más halagüeña esperanza.

Despidámonos de la libertad de imprenta, de esa libertad querida, terror de los poderes estraviados y bálsamo consolador de los ánimos apremiados: despidámonos de ella, arrojando coronas de flores sobre sus tristes despojos.

Despidámonos de la libertad de imprenta, pero no con la amargura con que se saluda al cometa errante que se retira de nuestro horizonte para no volver a presentarse nunca en él, sino con esa melancólica confianza con que saludamos al sol que declina, recordando blandamente en el seno de la noche, para reaparecer al día siguiente con nueva magestad y con más riñeno y más puro y más brillante resplandor.

Despidámonos de la libertad de imprenta con esas palabras, copladas de uno de nuestros colegas, que nos recuerdan la confianza que mostraban nuestros padres en la perpetuidad de la monarquía cuando sonaba la última hora de un monarca.

La imprenta ha muerto: viva la imprenta.

El Clamor Público. — «El señor Santa Cruz, para que pudiera oírse la voz de la minoría proreista en esta cuestión, tuvo que valerse del recurso de presentar una proposición incidental. Hizo así su señoría y en un discurso de formas templadas, analizó las bases cardinales del proyecto, demostrando su inconveniencia y sus funestos resultados; no solo para la libertad de imprenta, sino para la misma libertad de la tribuna, y para el gobierno representativo. Contó el señor ministro de la Gobernación, queriendo sacar partido de ciertas frases benévolas que había pronunciado, admirado sin duda el señor Nocedal de verse tratado con tanta benevolencia. La proposición quedó desechada.

En seguida se entró de lleno en el debate sobre la autorización que ayer se elevó a una gran altura por los señores Mazo, Campoamor y López Ayala, que usaron de la palabra en contra. El señor Mazo estuvo razonado al mismo tiempo que apasionado; el señor Campoamor estuvo brillantemente ingeniosísimo en sus ataques, oportuno y gracioso en sus chistes, elevándose alguna vez a consideraciones altísimas: el señor López Ayala, a pesar de que hablaba el último en una discusión ya agitada y en medio de la fatiga de un Congreso que se disponía a votar la autorización, logró cautivar la atención de amigos y adversarios, suscitar el entusiasmo de los unos, atraerse la admiración de los otros y ser escuchado por todos con la más profunda atención y el más religioso silencio.

La palabra del señor Santa Cruz y la del señor Mazo habían resonado en la cámara, como la de un razonador vigoroso y entendido que se pone los inconvenientes de una medida; la del señor Campoamor como la de un poeta filósofo que hiere la imaginación al mismo tiempo que penetra en la conciencia; la del señor López Ayala fue la del razonador, la del poeta, la del filósofo y la del profeta que levanta el velo del porvenir y anuncia al mismo tiempo que deplora la ruina que amenaza al partido a quien se dirige.

La discusión. — «Por fin se llegó al proyecto de ley de autorización, usando primero la palabra en contra el señor Mazo. Dos puntos abrazó S. S. en su discurso: primero los inconvenientes prácticos de la ley que iba a plantearse, inconvenientes que hacían poco menos que imposible la continuación de la prensa periódica de oposición; segundo las funestas consecuencias que había de tener para el mismo partido moderado, y sobre todo para el gobierno, la aplicación de tales medidas represivas contra la imprenta.

El señor Mazo, cuya argumentación fué siempre calorosa y enérgica, tuvo expresiones muy felices y empleó argumentos de irresistible fuerza contra el erróneo sistema seguido por el gobierno, concluyendo por votar la ley que el término de ese camino estaba y no podía menos de estar la revolución.

Seguía después en el uso de la palabra el señor Campoamor, cuyo discurso arrancó la aprobación universal de amigos y de enemigos, de los diputados y de las tribunas. Pocas veces, quizá nunca, se habrá oído en el parlamento español, un discurso tan fácil, tan ingenioso, tan agudo, de tan agradable entonación, de rasgos tan originales y felices.

Después de la gran sesión causada por el discurso del señor Campoamor, parecía imposible fijar ya la atención del Congreso ni elevar el debate a mayor altura; y sin embargo, una cosa y otra hizo el señor López Ayala en uno de los discursos también más notables de cuantos se han pronunciado en el Parlamento español.

El señor Ayala es un orador de un tipo opuesto al del señor Campoamor; orador de elevada inteligencia, de pensamiento profundo, de vigorosa entonación, de grandilocuente frase. Por eso lo que distinguía ayer a S. S. fué el carácter eminentemente político que supo dar a su discurso.

Cuando creíamos que el señor Ayala había terminado, cuando ya nos daba compasión de sus víctimas, le veíamos levantarse a mayor altura y descargar nuevos y más contundentes golpes contra el gobierno y sus parciales. ¡Qué decía en un momento de sublime indignación, les dijo predicar treinta años el principio de la libertad de imprenta para venir después a destruirla por completo con tan monstruosos proyectos!

¡Qué decía educado a nosotros jóvenes, en esos momentos para hacer que renegásemos de ella el día en que llegamos a la vida política! ¡Fíjense nuestros lectores que honda impresión causaba esta y mil frases como estas en el ánimo de los diputados y del público!

Y cosa singular, el señor Ayala concluyó como el señor Mazo y como el señor Campoamor, anunciando el término fatal e inevitable a donde conducen y conducen siempre las leyes represivas de la prensa y de la libertad.

La emoción del Congreso, y los aplausos estrepitosos del público coronaron el magnífico discurso del señor Ayala.

El señor Pidal que pretendía contestarle, se manifestó afectado de esta misma emoción hasta el punto de estar más incorrecto, más descompuesto que nunca. Y con estas formas tan agradables y simpáticas reproducción de nuevo con insigne vulgaridad todos los vulgares sofismas con que ya antes había apoyado esta ley tan fatal para la libertad de imprenta.

A pesar de todo, el Congreso aprobó por 174 votos contra 21 la ley tan mal defendida por el gobierno y por la comisión.

La Epoca. — «LA IMPRENTA HA MUERTO: VIVA LA IMPRENTA. Así termina La Península la reseña de la magnífica sesión celebrada el sábado por el Congreso, una de las más grandes que consignarán los anales del parlamento español.

No, decimos nosotros, la prensa no ha muerto ni puede morir en un pueblo donde se pronuncian por oradores todos de una generación joven y en defensa de esa eterna tribuna de las naciones civilizadas, discursos como los que de los labios de los señores Mazo, Campoamor y Ayala salieron en esta inolvidable sesión.

Al cortar por su base ese árbol frondoso, se ha descubierto el precioso e inagotable tesoro de fecunda lozanía que en su tronco encerraba. Lo hemos presenciado; y aun nos parece imposible que se haya aprobado el proyecto después de los discursos de los Sres. Santa Cruz, Mazo, Campoamor y marqués de Pidal, que usó de la palabra en contra, si

hacían sus primeras armas en el parlamento. Nuestros lectores hallarán en otro lugar los notables discursos con que ha terminado la discusión en globo de la ley de imprenta.

Las Cortes. — «El señor Mazo, con calma y con el acento de la convicción, demostró que la ley que se discutía era contra la razón, y lo hizo con seguridad en sus palabras y con facilidad en su expresión.

El señor Campoamor atacó la ley concretando sus razones por contraria al sentido común. Ocurrieron de su señoría, y en que creían nuestros lectores que se estuvo entreteniendo? Después de dar un golpe que aturdió a la animada villa que tenía delante, la metió cual si fuera un anatómico consumado, el escapelo, y sacando ya una visera, ya un órgano, los presentaba diciéndole: aquí está el veneno: estas son sus partes amputables, si el cuerpo que tengo delante ha de curarse. Pero estaba S. S. ejecutando y explicando el caso con tal severidad que no omitía el decir algunas sentencias hasta en bien pronunciados versos.

Seguía después el señor Ayala y en presencia de la víctima del señor Campoamor, pronunció un discurso en que le ocurrió describir los ministros, la sociedad, el estado de los ánimos, y al presentar con claridad los hechos que todos sentían y conocían, se saltó a la consigna en el campo de los adversarios, y se detuvo el carro del señor ministro aunque por breves instantes.

Un batallón, firmes, hizo entrar a todos en sus puestos, y desfiló la comitiva izando una bandera, que decía, por haberse equivocado el pintor: viva la libertad de imprenta.

DOCUMENTO PARLAMENTARIO.

Enmienda del señor Coello.

Artículo único. Se autoriza al gobierno para plantear como ley del reino, el proyecto de ley sobre el ejercicio de libertad de imprenta, presentado al Congreso en 16 de mayo de 1857, excepto en la parte relativa a las condiciones de editor y depósito, acerca de lo cual seguirá rigiendo lo que dispone la legislación hoy vigente, y en tanto que las Cortes discuten y aprueben esta parte del proyecto de ley sometido a su deliberación.

El Sr. Coello. Señores, nunca he necesitado hacer un esfuerzo de voluntad mayor que en este momento para dirigir mi voz a las Cortes. Sin las obligaciones hasta de honor que mi posición dentro y fuera de aquí me imponen, una vez traída esta cuestión al debate, en el acto renunciaba la palabra y retiraba mi enmienda. Después de las manifestaciones que en esta y en la otra cámara han hecho los hombres políticos, a cuyo lado estuve en momentos supremos para la libertad de mi país, para el trono de la reina y para el orden social, el derecho y el deber de los que hemos sido fieles a esos hombres políticos en la desgracia, era el silencio. El silencio respecto de lo pasado, porque nada había más alto que los acontecimientos de ese pasado mismo. El silencio respecto al porvenir, porque yo al menos me sé asegurar que no quiero tener la mas pequeña parte de responsabilidad, con mi silencio en las Cortes ni fuera de ellas; en que triunfara en el presente ó en lo futuro sobre otras tendencias liberales y constitucionales, esas otras que se agitan en el fondo de esta situación.

Había además, señores diputados, lo lo confieso ingenuamente, otra causa para mi silencio, que estaba resuelto a no romper en la presente legislatura: la de un profundo descorazonamiento. Ese descorazonamiento que viene apoderándose de todos vosotros, de todos los que amais sinceramente el régimen constitucional en España, de todos los que habeis sido defensores constantes del parlamento, de la tribuna, de la prensa, de todo lo que constituya, en fin, la gloria del partido moderado en los tiempos de sus glorias en España. Después de los acontecimientos de 1818 en Europa, que tan funesta herida habrían en el corazón de las monarquías constitucionales, después de los sucesos que hemos presenciado en estos últimos años, y sobre los cuales no parece sino que ha pasado la mano de la fatalidad, temo, señores diputados, que una voz que se levantaba en este seno no hace un año todavía, y os recordaba la grandilocuencia de Donoso Cortés, sea hoy una profecía. Aquella voz, señores, predica la muerte del Parlamento y del sistema parlamentario. Los partidos, me dice, decia, las opiniones conservadoras, las tendencias constitucionales en vano luchan contra las dictaduras que son la forma posible de los absolutismos pasados, ó contra las democracias que entrañan en su seno las revoluciones futuras. Nadrogo que nos asimos a una tabla de salvación, los que somos fieles a ese sistema, como la única esperanza que no queda, luchamos y reluchamos en los mares de la política con la conciencia de que hemos de ir, sin embargo, a estrellarnos mas o menos pronto en los escollos de la reacción ó en los escollos de las revoluciones. Si se necesitan una prueba mas de esta verdad tristísima, de esta profecía, el debate a que hoy asistimos no la daría. El voto que se pide a esta cámara y la manera con que se pide, probaría esta tesis lamentable.

Nos hallamos en plena restauración; la España está tranquila, el orden social asegurado por un esfuerzo heroico que consignará la historia al escribir la de 1856 y consolidado después por el gobierno de S. M. No existe ningún género de peligro, hay en el parlamento una inmensa mayoría conservadora que apoya la política del gobierno, poseedor de la confianza de la corona. Pues bien, este es el momento escogido para venir aquí pidiéndonos que resolvais por medio de una autorización acerca del principio mas importante del gobierno representativo, que ya es de prisas con terrible urgencia, porque así lo exige la conservación de la sociedad, una ley que hiere esa otra tribuna de los pueblos libres, que autorice al gobierno para salvar la patria, porque si pasa esta legislación, si pasa este interregno parlamentario, vamos a dejar al gobierno que tiene una legislación hecha por el partido moderado, sin poder hacer frente a las tendencias trastornadoras, sin poder salvar el orden social.

Yo no he visto, señores diputados, ni en los pronósticos que precedieron a los golpes de estado en España y en otros países una apoteosis mas grande de esta política, y al mismo tiempo una censura mas cógrua de lo que es la esencia del régimen parlamentario constitucional, que las palabras dichas por un ministro de la corona, cuando el otro día nos pedía que con toda urgencia votáramos la autorización que hoy se os demanda. Si cuando hay aquí una mayoría inmensa, cuando al frente del ministerio está el duque de Valencia, es decir, la personificación mas alta del antiguo partido moderado, es preciso, absolutamente preciso para evitar que minorías insignificantes, que opinen bien o mal, hagan interminables los debates; que las Cortes dejen de discutir definitivamente leyes importantes, y no hay ninguna que lo sea mas que la de imprenta; yo pregunto entonces, señores ministros de la corona, ¿cuándo podrá funcionar en España el régimen parlamentario? ¿cuándo podremos entrar en todas sus condiciones? ¿cuándo será llegado el día que vengan las leyes a ser discutidas en esta cámara y en el Senado para ser con la fuerza del razonamiento, con el prestigio y la luz de la discusión, con la aureola de la verdad, sancionadas por la corona?

Se me dirá, y ya se ha dicho hoy en esta cuestión, «Las leyes en materia de imprenta dadas por el partido conservador en sus buenos tiempos, en sus gloriosos tiempos, no bastan ya; la sociedad está amenazada en sus cimientos; es preciso ser, yo lo confieso también, bien conservadores hoy que lo éramos ayer.» Contesto a eso que en esas leyes hoy existentes, vuestra obra, la obra de vuestros gobiernos y de vuestros Parlamentos, hay todos los elementos necesarios para que el poder público tenga toda la fuerza precisa a fin de contrarrestar los gérmenes de destrucción social de nuestro país, y que estas han debido ser hasta hoy muy pocas veces, hasta haberse consumado las, las convulsiones últimas de los consejeros de la corona.

Hace seis meses, en efecto, se restablecieron aquí las leyes fundamentales del Estado; hace el mismo tiempo se restauraban las leyes voladas por las Cortes relativas a ayuntamientos, diputaciones provinciales y comarcas; en este mismo período de tiempo se restablecieron los decretos de imprenta de 1844 y 1845, que no eran estos últimos a diferencia de las otras leyes dadas por las Cortes. Pues bien, si el gobierno de S. M. creía efectivamente entonces, a la raíz de su exis-

El Estado. — «La sesión del sábado fué una de las mas notables que se registran en nuestra historia parlamentaria.

Así lo consignan sin excepción los periódicos de Madrid.

Esta unanimidad de la prensa es un testimonio irreprochable para todos, excepto para el señor marqués de Pidal.

El señor marqués apoyaba no há muchos días la bondad de la ley de imprenta en la identidad de juicio que acerca de ella han formulado los periódicos de la corte y de provincias.

La lógica de S. E. es tan elevada, que se pierde de vista.

Sin embargo, en la última sesión nos pareció que S. E. participaba de la impresión del resto del gabinete.

En la susodicha sesión hubo cosas notables, estrechamente notables.

Primera. Que el señor Nocedal ganó la especie de apuesta que tenía pendiente con la libertad de imprenta: ciento setenta y cuatro votos, entre ellos todos los nombres oscuros de la cámara (escusamos decir que no votaron los señores Bravo Murillo y conde de San Luis), apoyaron al señor Nocedal: veinte y dos diputados, entre los cuales figuran Egaña, Ríos Rosas, Coello, Borrego, González Serrano y Sánchez Silva, apoyaron la moribunda libertad de imprenta.

Segunda. Que a pesar de este triunfo tan magnífico del señor Nocedal, no sonrió el sábado tanto como de costumbre; es decir, no estuvo en la sonrisa permanente que S. E. muestra en el banco azul.

Tercera. Que los periodistas se retiraron de su tribuna cuando el señor ministro de la Gobernación iba a hacer uso de la palabra.

Cuarta. Que el señor presidente mandó cerrar la tribuna de periodistas.

Quinta. Que si la libertad de imprenta murió en esa sesión, del borde de su tumba han brotado plantas muy lozanas para el parlamentarismo de nuestra patria. Basta decir que el gran sabio señor marqués de Pidal está a punto de declarar que los susopichos oradores no son del todo indignos de alternar con su escelencia.

Sesta. Que el señor Mazo, ilustrado director de El Occidente, defendió heroicamente los fueros de la prensa, y mereció unánimes y justos aplausos.

Sétima. Que el señor Ayala, en un discurso de efecto indescriptible, se puso a la altura de los primeros oradores presentes y pasados del parlamento español.

Octava. Que el señor Campoamor pronunció otro discurso, que nuestros amables suscritores verán otro día, lo mismo que los de los señores Mazo y Ayala, que nos ha sido imposible adquirir para publicarlos hoy, como deseábamos, teniendo que dar solo el reducido y pálido extracto oficial.

Novena. Que el señor Marfori hizo su debut, y habló con facilidad, con soltura y con ingenio.

encia, cuando el país estaba mas agitado que pueda estarlo hoy. Cuando no tenia el concurso de esa inmensa mayoría que le apoyan en las Cortes, cuando estaba rodeado de enemigos, cuando se creyó que aquellos decretos no bastaban para enfrenar la prensa, ¿por qué no acudió á otros decretos? Allí estaban los de 1852 que iban más lejos. Y además, puestos que de publicar decretos se trataba y no de restablecer leyes, ¿pudo el gobierno haber publicado no que hoy se lea la represión de la imprenta al extremo que yo le creo necesario llevarla. No lo hizo entonces, y si lo hiciera, se contentó con restablecer los decretos que venían sancionados por la aprobación de todos los parlamentos moderados; esos decretos sobre la prensa con los cuales se había conservado el orden social durante tantos años en España.

—Pero, señores, se dice aquí: es que ya no bastan esos decretos, es que desde que esos decretos se publicaron han surgido en Europa ideas terribles para la propiedad, amenazadoras para el orden social; ha surgido en España como de la tierra un partido contrario al trono y á los fundamentos todos en que descansan la monarquía y la sociedad. ¿Hemos olvidado por ventura que todo eso existió en 1845; y que en 1849, cuando ya había terminado la suspensión de las garantías constitucionales, concedida al ministerio presidido también por el señor duque de Valencia, cuando Europa estaba amenazada del socialismo, del republicanismo y de todos los elementos perturbadores del orden, cuando surgió de la revolución francesa en 1848, y cuando todos secretos en España para conservar salvas las garantías de los grandes intereses de la sociedad? Con esa legislación que hicieron, señores, los enlaces régios, época natural de lucha y de agitación por parte de los Parlamentos, ¿no todos que tenían tan grande interés en que se restableciera esta cuestión conforme á sus encontradas aspiraciones y deseos. Con esa legislación bien aplicada en su letra y en su espíritu, no falsada, cual lo fue después, se hizo frente en España en momentos supremos en 1848 y 1849 lo mismo á los esfuerzos de la revolución que á los intentos del carlismo; con esa legislación tuvieron bastante los ministerios moderados en 1851 para contener en sus justos límites á la democracia, que entonces nació, que entonces se presentó en España como un partido y que como tal tenía en Madrid una comisión electoral influyente y que tomó parte en las elecciones de aquella época. Y fueron bastantes, no para maliciar la idea en el campo legítimo de la discusión, sino para hacer inoperantes los atentados contra los fundamentos de la monarquía constitucional.

—Era necesario aplicar bien esas leyes, era necesario no falsearlas constantemente, era preciso no sostener esa censura previa disfrazada, que es la que ha venido existiendo aquí hace algún tiempo, ó tener el valor necesario para proclamar como principio esa misma censura ante las Cortes y ante la nación.

Todo lo que soy se lo debo á la prensa: no he renegado, no renego jamás de ella, y en la desgracia como en la fortuna, oposición ó mayoría gubernamental, sostengo siempre los mismos principios en esta materia. Los he sostenido en la Asamblea constituyente, en el medio de los que querían ir mas allá; y en frente de los que por un ciego vértigo, dentro de las opiniones liberales, querían poner al escritor público la argolla del presidario.

Pero si alguna vez hubiera podido arrojarme la investidura de escritor público, lo hubiera hecho en esos momentos; porque de esta manera mis palabras tendrían alguna mas fuerza á vuestros ojos, y podría trabajar en vuestro ánimo y en vuestro corazón. Os diré, sin embargo, una cosa evidente á todo el mundo.

—Si lea la pudiese favorecer algunos diarios ó algunos intereses, si estuviese encaminada á lo que el señor marqués de Pidal nos ha dicho pocos momentos hace, ella protegería todos los intereses que fuera de este sitio represento. Pero creería deshonrarme si esta consideración pospusiese yo la que debo á la prensa, al porvenir de mi patria, á los principios que he sostenido to á mi vida al defender los derechos de la libertad de imprenta, que creo amenazada y que arrastrará en su ruina la ruina también de la tribuna del régimen constitucional.

—De otra cosa quisiera desprenderme en este momento también de mi pasado político en los sucesos de estos últimos tiempos. No porque no haya obrado como escritor en la prensa, lo cual como bueno de fe haciendo la política que he sostenido en toda mi vida pública. No porque no esté dispuesto á obrar de la misma manera siempre que surjan situaciones como las que España ha atravesado en el último lustro, defendiendo siempre los intereses conservadores y liberales, única política que puede salvar la monarquía constitucional de España, sino porque si yo fuera hoy miembro de la mayoría de esta cámara; si yo hubiese contribuido, que no he contribuido, á traer sobre el país la actual situación política, mi voz os sería menos sospechosa, aunque no más sincera. Pero como por el momento la voz de esa prensa moderada para decirlo como muy elocuentemente os decía mi amigo el señor González Serrano, que es una grande injusticia y un grave falta el que la primera medida política que la corte de 1857, el primer acto importante que valiera ejercer, sea un acto contrario y funesto para esa misma prensa moderada que ha sido durante estos dos años el apoyo de vuestros intereses y el apoyo del orden social. Si ella, vosotros, diputados moderados, no estáis aquí, ¡Mald la imprenta hoy con vuestro voto, mañana, cuando la necesitéis para defender vuestros ideas, vuestros intereses, será ya tarde, no la hallaréis en parte alguna.

—Comprendo, señores diputados, los sistemas logrados en materia de prensa, los sistemas que se han formulado aquí en distintas ocasiones; comprendo que hay hombres, no soy ciertamente amante de sus ideas, pero los respeto; comprendo que el partido monárquico crea que la imprenta es un mal, pero que siendo así es una necesidad de nuestros tiempos y de la civilización, y que, partiendo de este principio, pongan á su vez un remedio eficazísimo. Al defender estos hombres la previa censura, están en su derecho, obran con la legalidad porque tienen un sistema concreto y porque el mismo sistema proclaman que es preciso limitar la tribuna y suprimir la publicidad de los debates de las Cortes. Es un sistema bueno ó malo, que no entiendo examinar en este momento; lo condenaría, de seguro, pero es un sistema, y un sistema mucho menos favorable para la imprenta, que el que se establece por el orgánico del Estado. Porque esta ley es la previa censura de todos los males é inconvenientes que lleva para el escritor el sistema de la libertad.

—Ya entraré en el fondo de la cuestión al examinar el título de la ley referida al sequestro de los periódicos á la prensa y de los políticos de la ley, y si no tengo esperanza de contentar al señor ministro de Estado, menos la albrigo de que en el juicio de los señores diputados tendrán alguna fuerza mis observaciones.

Las opiniones en favor de la previa censura son las legítimas y sinceras en el partido monárquico; pero esas ideas, esas tendencias serian una apostasía y suicidio en el seno del antiguo partido conservador constitucional. Y serían una apostasía inútil para conservar el poder. El día en que hayais condenado el nombre de la idea conservadora el principio de la amortización, restableciendo en lugar de ella la vinculación y el mayorazgo; el día en que silenciosa la prensa, permitiendo el silencio de la tribuna, y entregada al ultramonarquismo la enseñanza, le hayais entregado todo de existir. El partido absolutista reclamará con derecho el poder, y lo poseerá sin duda, aunque por breves mas de todos los principios de la encarnación de la modernidad, es posible cuando esta dictadura se llamase polaco y viene después de las jornadas de junio de 1818, la resurrección de las jornadas de junio de 1818, las bases sociales en que descansaba la monarquía de Felipe II, lo que traería indefectiblemente un período no lejano, seria una espantosa revolución política y social. Evitar una y otra solución, igualmente funestas, esa era el destino, esa debiera ser hoy la idea salvadora del verdadero partido conservador.

—Para probaros que la previa censura es muy perjudicial á lo que se os propone, necesitaré examinar lo que es el sequestro de los periódicos e ilegales. ¿Cuál es la garantía de un tribunal de jueces para que en sus deliberaciones arbitrales la garantía de las Cortes, y sobre todo, demostrarnos que las tendencias políticas que revela esta ley contra la prensa de sus autores.

tribuna, hermana gemela de la prensa, y que ha succumbido en todas partes al día siguiente de la muerte y de la desaparición de la imprenta?

Hay otro sistema también el de los hombres que se llaman por esencia hombres de gobierno.

Estos, cuando la sociedad está amenazada de grandes peligros, cuando el fondo social de una nación está profundamente alterado, para librar de estos peligros a la sociedad, proclaman como una necesidad suprema, aunque transitoria, la suspensión de todas las garantías y que se conceda a los gobiernos todo lo que han menester para salvar la sociedad. Admito también este sistema. Yo concedería al gobierno actual, si los acontecimientos de Andalucía se repitieran por desgracia, todos los elementos de fuerza que el pudiere, y lo daría mi voto porque en el momento de peligro para la sociedad y el trono de la reina, nadie debía estar al lado de un gobierno en las luchas contra tentativas y tendencias insensatas en la monarquía Española.

Comprendo también el sistema de las dictaduras en momentos supremos para los pueblos, y cuando una gran idea se encarna, por decirlo así, en un hombre traído por el destino. Pero las dictaduras, para no resolver absolutamente nada, para no hacer nada, para llevar su mano a la consagración del Estado y arrancarle la fuerza que da el tiempo a la prensa, para lastimar grandes intereses, para realizar radicales modificaciones en el sé de una sociedad y de una nación, no las comprendo. Ante los dos de diciembre, en medio de su grandeza de su necesidad suprema, sin justificación alguna, inclinó respetuoso mi frente. Ante dictaduras pígnicas, estériles para el bien, agitiadoras del mal, jamás bajará mi cabeza.

Una voz elocuente, la de un diputado de esta mayoría, os evocaba no há mucho los recuerdos de nuestras reacciones funestas: 1814 y 1823 se presentaban involuntariamente ante mis ojos. Es verdad lo que ese diputado os decía. Un tiempo hubo, yo era niño entonces, en que a nombre del interés social, ¡parece imposible se cerraban las universidades del reino. Un día hubo en nuestra historia de ayer, en que a nombre de la idea restauradora, las prisiones se abrieron y el cadalso se alzó para los que, como el ilustre presidente de esta cámara y otros mas desventurados todavía habian defendido en su puesto de diputados y durante la gran epopeya española los fueros de la nación. Si hoy asistieramos a la restauración de ese partido, si vosotros vierais como vino el realismo a la cámara ¡introyable de la restauración francesa, ó como los partidarios de una reacción ciega vinieron a su vez al parlamento de Jacobo II, comprendería se quisiera acabar una tras otra con todas las conquistas de una revolución que los habia arrojado de la patria; pero vosotros conservadores liberales sois, esta vuestra utopía del árbol de nuestra revolución moderna, no tiene la misión de restaurar la sociedad antigua, ni el estímulo siquiera de satisfacer grandes pasiones ó venganzas políticas. Haced lo que el partido moderado hizo en 1833, en 1845. Haced siempre lo que el mismo Luis XVIII hizo sentado sobre el trono que manchara con sangre una desbordada revolución. Así no tendreis el remordimiento de 1814 en España, así evitaréis catástrofes parecidas a las de 1688 y 1830 en Inglaterra y Francia, aquí á hacer una oposición sistemática, ¿y, ójala no tuviese que hacer ninguna a un gobierno como vuestros hombres mas oportunistas me han unido ahora, que no puede olvidar mi corazón; ningún partido puede, en cuanta proclamar aquí las ventajas y las consecuencias que la ley de imprenta tiene en lo que veraderamente mejora la legislación existente. No encontrarán en mí, ni el señor ministro de Estado ni los demás consejeros responsables de la coroa, un opositor ciego que se niega a la evidencia, un hombre que venga aquí a sostener lo que no cree profundamente en su conciencia y en su corazón. Nombreado un día miembro de la comisión de imprenta por la mayoría de la Cortes constituyentes, por aquella mayoría a la que siempre me honraré de haber pertenecido, por aquella mayoría tan digna de serme dirigida de lo que fue para presentar las bases de una legislación sobre la prensa, defendí en medio del calor de la revolución los mismos principios, absolutamente los mismos que hoy vengo a sostener; y lo hacia con convicción profunda, arrojando quizá grande impopularidad entonces; pero intimamente persuadido de que los excesos de la imprenta habrían de traer en pos de sí una reacción en los espíritus, reacción que, como todas reacciones, fue en su mas allá de los límites debidos. Ciegos eran los que no la veían condensarse en el seno de la atmósfera política.

Abandonó á otros esa triste gloria de sostener, hoy lo contrario de lo que han sostenido durante toda su vida pública. Y he aquí por que reconociendo yo al lado de grandes males la parte buena de esta ley que os pide votos en conjunto y sin examen, deseaba y se hubiese discutido artículo por artículo para aprobarlos todos, absolutamente todos aquellos que creo favorables á la libertad y á la prensa, pero tambien para rectificar á aquellos otros que la experiencia, una experiencia triste y dolorosa probará bien pronto que se fundaron, así para la libertad de la imprenta como para los mismos intereses conservadores que representa el gobierno y la mayoría de las Cortes. Esta ley tiene una parte digna de los elogios de todos los hombres sinceros, de todos los que quieren que en España haya una monarquía verdaderamente constitucional. Es siempre gloria del partido conservador haber sustituido en los delitos exclusivamente políticos de la imprenta las penas pecuniarias á las penas personales, los destierros, que como decía el señor ministro de Estado, se imponía á los hombres inculpables en la Peña de San Pedro. Será gloria grande de ese mismo partido el haber mantenido ese sistema en la legislación que ahora se os propone, y lo será, porque dejando aparte la injuria y la calumnia, y todo delito de prensa que se pena y debe pensarse por el código, los delitos esencialmente políticos de la imprenta, no pueden pensarse con castigos personales, en buenos principios de constitucionalismo y de elevada política; es absurdo imponer la cadena del criminal á la pena política en el curso natural de las cosas, por las razones que los tiempos, de las idas y de los partidos puede convertirse desde aquel estado en un hombre meritorio y digno de la consideración de la reina y de la patria. Hay tambien otra parte esencial en esta misma ley, es el velo que se tiende sobre la vida privada. Séis que en las grandes repúblicas de la Grecia existía la máxima de que siendo difícil que haya hombres públicos dignos de serlo, que no sean buenos hombres privados, la vida de los ciudadanos en todos sus pliegues, era patrimonio de la opinion. A pesar de eso no quiero de manera alguna que en las agitaciones luchas políticas de estos tiempos se entre en la vida íntima de los ciudadanos por medio de la prensa. La ley es un santuario en que no debe entrar nadie, y en España ha habido una reacción contra la imprenta, yo mismo reconozco, se debe á que han existido periódicos, muy pocos en verdad, que han llevado injuria, la calumnia y la difamación á donde solo debían llevar el respeto, el silencio y la consideración social. Aprobé, pues, por completo en esta parte el proyecto. Aprobé otra cosa mas, la firma de los gobernantes por ella, que es la garantía de la firma de los gobernantes públicos. La prensa sostiene casi solo desde 1850 en la prensa misma, y en los gobiernos moderados opiniones progresistas y contra los gobiernos moderados. La he defendido, no desde que ella surgió en Francia al calor de la revolución de 1830, sino desde que tomé una parte activa en la política de mi país. Cuando yo vi en España á los partidos políticos, por cada uno en cuyo examen profundo desearia entrar, caminando á una disolución y tomar á la prensa ese sello de individualismo que es el gran cáncer de los sistemas parlamentarios, y que tan perfectamente nos pintó el señor marqués de Pidal, consideré que el establecimiento de la firma, como una gran responsabilidad moral, los ojos de la opinion, es lo que podrá enaltecer la prensa. Esperaba devolverle la grande influencia que tuvo en los destinos de la política española y en la organización de partidos políticos, de ideas y de principios.

La firma tiene, sin duda, sus inconvenientes; especialmente en países tan agitados por las reacciones y las revoluciones; pero ella, á pesar de esos inconvenientes, si se practica sinceramente la ley, dará grandes resultados, para enaltecer la prensa, para dar á la sociedad aquellos grandes periódicos y diarios útiles de verdad, que influyen en el país; aquellos de los periódicos que eran representación de una idea, de una época, de una época y de grandes principios.

paciones políticas; de aquellos grandes periódicos redactados en Francia y en España por hombres dignos émulos de los Thiers, de los Guizot, de las Listas, de los Donostes; y de tantos otros que fueron gloria de la España y de la Francia de nuestros días. Pero, señores, ¿es verdad que por el sistema oyes una aprobación se os pide, valeis establecerlo así que el gobierno, la comisión y yo queremos porque lo creemos útil? ¿Es verdad que la firma va a admitirse en España? ¿Es verdad que si se aprueba esta legislación que se os presenta, los verdaderos redactores de los periódicos vendrán a firmar los artículos? No, señores.

Acontecerá con la cuestión de la firma lo que acontecerá al trasplantar a España la institución de los editores establecidos por la restauración y la monarquía de julio en Francia. Allí eran los gerentes los redactores, los co-propietarios de las empresas. Allí se llamaban Armand Bertin, Girardin, Fonfrede, Thiers; aquí nadie sabe sus nombres, aquí han sido españoles infelices, sujetos por un mezquino sueldo á cubrir la masa grande de las inmoralidades á los ojos de la ley.

Yo había presentado para cuando la ley se discutiera, en sistema lógico, quées el que he defendido siempre.

Puesto que queréis la firma, sean responsables moral y legalmente y de todos los modos los escritores que firman al pie; sea subsidiariamente también el director del periódico, el verdadero director: pero es preciso quitar el editor, esa rueda enteramente inútil en el mecanismo de esta nueva legislación (el señor ministro de la gobernación pide la palabra).

Pero al defender este sistema de la firma ante las Cortés moderadas como ante las Cortés progresistas, al lado de una política conservadora como luchando con situaciones revolucionarias, yo partía de dos principios que iban naturalmente enlazados en sí mismos.

Era el primero de ellos que las penas por delitos políticos de la imprenta fuesen pecuniarias siempre; pero esto se establece en el proyecto presentado por el gobierno de S. M., y por ello le aplaudo. Era el segundo que á medida que se establecieran esas gran garantías morales á los ojos de la opinión, sea menor la responsabilidad legal á los ojos de la ley. Hoy se establece la primera de esas responsabilidades, al mismo tiempo que se acrecienta, por decirlo así, las penalidades á los autores de ellas, puesto á la prensa. Tenemos, pues, al voto del bien.

Este sistema era lógico, solo así votó la firma la Asamblea constituyente francesa, y sólo así la votó la Asamblea constituyente española. ¿Qué va á acontecer ahora?

Fuellos los verdaderos supuestos de que firmen los artículos sus verdaderos redactores. Pues bien; ó estos artículos son penables bajo el punto de vista político, ó son penables bajo el punto de vista de la legislación común. Si se les pena como políticos, entonces el editor no tiene objeto, porque las penas que se impongan saldrán del depósito, que debería estar constituido íntegramente por el nombre de los directores propietarios de esas empresas mismas. Si no son políticos los delitos, si los delitos son comunes, si los artículos son llevados como reos de injuria ó calumnias, ¿qué hace la legislación? ¿Pasar por encima de la firma del escritor que ha lanzado esa calumnia ó injuria para ir á buscar al editor responsable que es una persona inocente, ó no pasar?

El artículo del proyecto dice testualmente así: y ruego á los señores legisladores tengan la bondad de reproducir su contenido. El art. 10 dice: «todo periódico deberá tener un editor que será responsable de cuanto en él se publique, aunque lo suscriba otro: su firma se estampará siempre al pié de cada número.»

Como se ve, aquí no hay limitación alguna: todo editor será responsable de lo que otro firme. ¿Es posible que esto se estampe en una ley que han de votar las Cortés y que ha de llevar la sanción de S. M. la Reina? ¿Es posible que este principio de verdadera imparcialidad política se proclame á la faz del país? Hasta ahora, yo sé que el editor responsable sufrirá las penas que debían recaer sobre otros: ¡la justicia lo ignoraba completamente! Los tribunales de la nación, cuando juzgaban un artículo, se encontraban únicamente con la firma del editor, se encontraban moralmente obligados á convencerse de que era inocente; pero cuando existía un hombre que firma esos artículos, ¿es posible eso? Estoy hablando, señores diputados, en un sentido eminentemente conservador, para salvar los intereses que vuestra mayoría representa. Es imposible que en el pensamiento del gobierno haya caído semejante idea.

Me me dirá acaso: las penas pecuniarias van á satisfacerse del depósito; en los delitos comunes, es decir en los delitos de injuria y calumnia, el autor del artículo será el responsable ante la ley, como ante la opinión. Entonces, ¿para qué el editor? ¿Qué significa el editor si unas penas gravitan sobre el depósito y otras sobre los redactores, y subsidiariamente sobre el director del periódico? Señores, estas consideraciones que acabo de exponer las he visto fortalecidas por el acuerdo primitivo de vuestra comisión de imprenta.

Sin escitación de los escritores públicos, sin excitación de los pocos directores de periódicos que asistimos á sus debates, la comisión comprendió, permitidme decir la palabra, comprendió al absurdo que hubiese en este artículo. Llevando la firma á todas sus consecuencias lógicas, establecido que los redactores fueran los responsables, y subsidiariamente los directores propietarios de los diarios políticos. El editor desaparece así. Después, por consideraciones que yo respeto, porque se respetar siempre la conciencia de los representantes de la nación, la comisión retiró esta reforma importantísima. Pero como ya dije, de aquí el que nos encontremos ahora en la comisión de la ley de los trieditores, yo debo oror las explicaciones del gobierno de S. M. y sobre un punto que merece la mayor atención por su especial importancia.

Lo que quiero la responsabilidad moral para la rectitud de los periódicos, quiero además la responsabilidad de los directores gerentes de las empresas que responden subsidiariamente de todo lo que se publique en un periódico: este es el sistema que se siguió en Francia, sistema lógico y consecuente.

Pero señores, aceptando el editor, yo pregunto: si el editor no vá á sufrir las penas personales, si el editor vá á ser en el ánimo del gobierno, dígnoselo así, más que la persona con quien se entiendan las autorizaciones, ¿para qué exigirles las condiciones que marcan por esta ley? ¿Para qué 2,000 rs. de contribución directa satisfechos con tres años de antelación? ¿Udese des, ó es imposible que haya verdaderos editores políticos, ó favoreciereis con esta medida una especulación, como ya se ha hecho aquí, es decir, que los representantes de las tiendas de ultramarinos, las ferreterías vulgares, pero es gráfica, vendrán á tomar la pluma de los responsables de la imprenta (¿vez de la ley y del nacional. No hay otros que puedan venir á hacer un papel de saírazco con éste en el mecanismo de vuestro legislación sobre la imprenta.

Muchos un conservador, muchos mas elevado que to eran las emmendas que presenté á la ley cuando ve la esperanza de que pudiera discurrirse aquí, es ha podido discurrirse; acaso se habría ya discutido, cual he habria dado gran fuerza á mi tesis, yo tendría jporla autorización. Liza los señores gerentes de periódicos contasen morales y garantías que vi algo más que dinero en nuestra sociedad. Exigian los miembros colocados al frente de un periódico bieran pertenecido á las Cortés, hubieran sido individuos de las corporaciones populares, hubieran recibido mas los altos grados académicos en las universidades ó hubieran tenido asiento en las academias, y cuando no tuvieran estos requisitos, les exigia una tribuna preñaria. Señores, el partido conservador en España un gravísimo error el entrar en pendiente en que han entrado otros pueblos y otras ciudades que lo fian todo al dinero y á la riqueza de señores; no, en las sociedades modernas, y sobre en la sociedad española, hay y debe haber otras gacias mas fuertes, mas eficaces que la contribucion fortuna: buscadas en el mérito, en la capacidad, la virtud.

Y esto me conduce involuntariamente á tratar cuestión del depósito, cuestión importantísima, gravedad no sé si labará meditado en toda sesión el gobierno de S. M. los hombres constitucioles, ¿que es el depósito para los hombres constitucionales, pero los hombres buenos fe que quieren aplicación de este concepto constitucional que consista discusión liberrima de las ideas?

Es la garantía que las penas de la ley se refieren al castigo no se efunda jamás. No puede denegar la creación, la existencia de diario

que vive a la sombra de la ley. Yo también la siento como el señor marqués de Pidal la múltiple existencia de diarios de iguales tendencias y aspiraciones en España es un mal indudable este para el prestigio y la influencia de la prensa; pero esa obra de concentración no es obra de un día, ni el mejor medio de conseguirla empezar por herir en el corazón a la prensa periódica. Esto acontecerá cuando los partidos salgan de la disolución que hoy los trabajan, cuando las opiniones constituyentes se hayan unido, cuando a la política de las pasiones y de los intereses pecuniarios haya sucedido la gran política de los principios; cuando, en una palabra, el régimen constitucional se funde en España sobre la lucha y tendencia de las ideas, no de las pasiones y banderías.

Si pues el depósito no puede tener otro objeto que garantizar el cumplimiento de la ley, ¿cómo estableciendo en seis mil duros por la legislación vigente, cuando el maximum de la pena pecuniaria es de cuatro mil duros, se triplica casi en el nuevo proyecto de ley presentado por el gobierno a las Cortes, al mismo tiempo que se reduce hasta tres mil duros la pena pecuniaria?

El partido conservador en todos sus matices, siempre que ha legislado sobre esta materia, no ha ido más allá que fueron los decretos de 1844 y 1845. Y ¿cosa notable hasta el golpe de estado, hasta en aquel decreto en que se establecían tan grandes garantías para la libertad y tantas limitaciones para la prensa, incluída la de autorizar al gobierno para la supresión de los periódicos políticos, el depósito quedó fijado también en la misma cantidad de seis mil duros que viene existiendo hace años en España.

Yeo con dolor profundo revelarse ó fortalecerse en seno del partido moderado una tendencia que considere funesta a los verdaderos intereses conservadores en España; la tendencia de buscar toda garantía en el dinero y poner bajo su amparo las mas altas instituciones de nuestra sociedad, ¿habéis meditado las funestas consecuencias que esto puede tener bajo el punto de vista gubernamental en la esfera de la moralidad, en los destinos de la sociedad española? Os demostraré que no pueden ser sino altamente funestos.

Punto de vista de cuestión. A la prensa española podréis tacharla de revolucionaria, de apasionada, de haber encendido las pasiones, agitado los ánimos, trayendo revoluciones sobre la patria, pero jamás sin injusticia podréis acusarla de vena, de corrupción, como lo ha sido en otros países de Europa. Calidad de nuestro carácter ó fírmate de la imprenta, la verdad es que así como la idea patria política y nacional ha encontrado en ella siempre un eco simpático, la inmoralidad la corrupción han hallado siempre en la prensa española un adversario, jamás una complicidad.

Esto lo ha hecho siempre la imprenta: sobre, por honrada. Mas desde solo a la fortuna y al dinero el derecho de sostener un periódico fundado sobre un depósito monstruoso, con relación a las fortunas de España, y a la imprenta política, aun en medio de su presente individualismo, sustituiréis la prensa de los negocios, de los buhastas, de los especuladores; la prensa de la inmoralidad.

Hubo un día en Francia, señores diputados, en que los peligros del socialismo hicieron necesario por un momento, porque un momento son en la vida de los pueblos algunos años, el eclipse de la tribuna, de aquella tribuna ilustrada por los Guizot, por los Royers Collard, por los Thiers, por los Lamartines; aquella tribuna que arroja sobre la Europa los vivos resplandores del genio francés. Ante aquella tribuna silenciosa ya, hoy yo inclino mi frente y no me alarmo, porque tengo la convicción profunda de que un día volverá resonar su voz para gloria de su país y de la Europa. Si, esa voz resonara aun existiendo el régimen imperial, que no es, que no puede ser otra cosa que la encarnación de los grandes principios que la revolución francesa hizo triunfar en Europa.

Me inclino, si; ante esa tribuna majestuosa en su silencio mismo. Pero en cambio, ¿qué ha sido, qué será de la prensa de la Francia, de aquella prensa que ilustraron los Chateaubrian y los Royer-Collard, de aquella prensa que fué la gloria de la monarquía de julio? Vedla, no en su silencio; habla, pero habla en lenguaje que la Europa no entiende, y es en el lenguaje de la voz política, de los principios y de las grandes ideas, es la voz de los intereses, la voz de las especulaciones, la voz de los Mirés y de los Millard.

No yo puedo hacer la injusticia al actual gobierno, menos puedo hacerla a la mayoría constitucional de las Cortes, de creer que su objeto sea matar deshonra a la prensa; pero si partidos elegos y tendencias reaccionarias quieren conseguirlo en España este resultado, les rogaria de rodillas que hirieran en el corazón la viti, que mataran antes de morir. ¿Será mejor para el gobierno, para el interés gubernamental, tener en v de la prensa política, esa otra prensa del ágio, de bolsos y de la inmoralidad? Yo creía que el duque de Valencia habia tenido ocasiones en su vida pública para conocer por una experiencia costosa, aun funes eran los efectos de esa clase de oposiciones. Entonces ya yo le honro de defender su política. Mañana esas condiciones que se exigen a los periódicos, aco no podría ni aun defender los principios conservado y la causa de la moralidad.

Pero la gravedad de esta cuestión crece considerable bajo su aspecto social. Os he dicho antes que hoy preciso ser mas conservadores, en el buen sentido de palabra, que antes de 1845. Declaro también que propiedad amenazada tiene el derecho supremo de defenderse, y de tomar una parte activa, importante en nuestra organización política y social. El socialismo llama a nuestras puertas, y la sociedad tiene el deber de salvar todo lo que el socialismo amenaza en Europa. Pero ciudad, diputados conservadores, de no caer por una política exagerada nuevos peligros para mis mismos grandes intereses cuya salvación deseamos en esta cámara.

Si a la riqueza, solo por serio, la concedéis la preponderancia mas absoluta en nuestro sistema electoral, mereced a un censo elevado; si exigis una gran riqueza para ser diputado de la cámara, si solo a las unas aristocráticas del dinero, que la antigua es una gran parte pobre ya, abris de par en par las puertas del poder; si a la riqueza y a la propiedad y al dinero concedéis el monopolio de la imprenta, tendréis las consecuencias funestas de haber puesto así en lucha la propiedad y la riqueza con todas las otras fuerzas vivas de la sociedad española, de esta sociedad la mas modesta de Europa en el buen sentido de la palabra, de esta sociedad en que Cisneros, el hijo del pueblo, la mas viva personificación de sus tendencias democráticas, y en que Castaños bajaba mas grande a tumba porque la aureola de la pobreza ornaba también la corona de glorias del vencedor de Bailén.

Un día pueden venir sucesos y grandes conflictos en Europa, revoluciones mas hondas acaso que las de 1793 y 1845, detenidas hoy solo por la vida del hombre. Pues bien, para cuando estos peligros de guerra, no establezcan en esta España, que jamás ha conocido la lucha horrible de clases, la verdadera revolución social, ese antagonismo entre las nuevas teorías y las fuerzas vivas de la nación de lo que en la lucha, y sucumbirán mas pronto de lo que sucumbieron las aristocracias antiguas, porque no drian de su parte para guardarlas con su escudo glorioso de los pasados siglos, las proezas de Garibaldi y de Otomía, las hazañas de Pizarro, de Colón y Hernán Cortés.

Ni en 1838 ni en 1845, el partido moderado pronuncia los principios que se consiguan en algunos de los artículos de la legislación que vais a autorizar en vuestro voto. Algunos de los hombres mas eminentes que componen el actual ministerio, desde esta tribuna en 1853, han protestado con su palabra contra todos los abusos, contra todas las prácticas viejas que en materia de secuestros y recogidas se han v de estableciendo en España. Pues bien, esas prácticas abusivas, poréis mil veces que la censura por todas se legalizan, todas se accliman en esta ley, tra el espíritu y la letra de todas las leyes presentadas al parlamento por los gobiernos del verdadero partido conservador. Los que érais un día no lejano, los que érais constitucional en 1852 y 1854, no teneis derecho a hacer eso. Pero puesto que lo hacéis, ¿cuál es el deber que os compete con la funesta responsabilidad de esta ducta.

Tampoco teneis derecho para condenar en térsala al jurado. Consignado estaba en la ley y preta traida a las Cortes de 1845 por el ministerio

presidia el duque de Valencia, y se conservaba fundán-
dolo sobre bases muy aceptables para las opiniones
conservadoras en los desearios de Bertran de Lis que
preludiaba la reforma constitucional de 1852. ¿Por
qué se renuncia enteramente á esta institución? Yo sé
que el jurado, nacido en las sociedades primitivas y
aplicado admirablemente en pueblos de tanto espíritu
y costumbres públicas como Inglaterra, es bien difícil
de acclimatar en España. Sé también que no es grande-
mente popular en esta cámara, pero si me quitais para
los delitos políticos de la imprenta el criterio y la apre-
ciación del jurado, dame al menos la inamovilidad de
la magistratura española que va á ser, que espero sea
el único escudo de la prensa; dame la publicidad en
los juicios de nuestros tribunales, garantía de la ley
y de la libertad.

Señor presidente, yo me siento sumamente fatiga-
do, y si la cámara quiere continuar las horas de sesión
a pesar de haber pasado ya la de próroga y ser las
siete de la tarde, terminaré mi discurso sin decir una
palabra mas. Si por el contrario se deja para mañana
esta discusión, será breve, pero no necesito tocar algunos
puntos importantes de la ley sometida á vuestra deli-
beración. Mi objeto no es alargar en manera alguna
este debate; pero creo que en una discusión tan impor-
tante y cuando tantos diputados hay en Madrid para
votar la autorización que se os pide, no puede ser
mal para el sistema constitucional el dar cierta latitud
á este importantísimo debate. Yo, señores, no hago
una oposición sistemática al gobierno, sino que le di-
rigo únicamente modestas, pero leales observaciones.
El porvenir me hará justicia, como le ha hecho en
lo pasado.

El señor PRESIDENTE: No obstante que el Congre-
so ha prorogado la sesión, se hará esta pregunta nue-
vamente.

Consultado el Congreso, acordó continuar la próroga
antes decretada.

El señor COELLO Y QUESADA: Entonces, señores,
he concluido.

El ministro inglés en esta corte ha retardado
por algunos días el viaje que se proponía hacer
al extranjero. Dentro de tres ó cuatro días debe-
rá firmar lord Howden y nuestro gobierno el
tratado celebrado sobre propiedad literaria.

Hay quien cree que se discutirá en el Congre-
so la reforma constitucional, en tanto que el Se-
nado se ocupa de la autorización para plantear
la ley de imprenta. Nosotros no participamos de
esta creencia.

Hablase de una escitación republicana susci-
ta por un democrata muy conocido, y dirigida
los revolucionarios de Despeñaperros, proclaman-
do abierta y resueltamente el comunismo, y di-
ciendo el modo como ha de verificarse la repa-
rtición de bienes.

No nos cansaremos de dar al gobierno la voz
de alerta.

Leemos en la *Hoja autógrafa*:

«Con motivo de los sucesos de Andalucía, se ha
rígido á los gobernadores una circular, en la que, al
desarrollo de este suceso, se les dice que si desgra-
ciadamente el orden llegase á alterarse, es preciso
que inmediatamente sean exterminados los trastorna-
dos en contemplación ninguna, sea la que fuere la ban-
da que se atreva á levantar. Los que sean aprehen-
dos con las armas en la mano, deben ser inmediata-
mente entregados á los tribunales competentes, pe-
ro que sean castigados con todo el rigor de las leyes. A
viértase además á los gobernadores que los que hag
resistencia á la fuerza pública, deben ser juzgados
por los consejos de guerra, aunque no se halle la pro-
vincia en estado de sitio.

—No es cierto lo que se ha dicho respecto á que
el duque de Rivas, nuestro embajador en París, lle-
vase instrucciones del gobierno para tratar en aquella
de la cuestión de Méjico. Esta cuestión se ha trata-
do y seguirá tratando en Madrid. Mas por ahora no
se trata nada nuevo. El gobierno español ha comu-
nicado al mejicano su ultimatum, y solamente
aguarda la respuesta de aquella república para tomar
una resolución decisiva en tan importante asunto.»

En la parte no oficial de la *Gaceta* hallan-
se la siguiente declaración:

«Estamos autorizados para declarar que, haya ó
no sido cierta la estancia de un príncipe francés en
esta corte, es de todo punto inexacta la noticia que han
dado varios periódicos de haber celebrado conferen-
cia un visto siquiera, ni hablado al señor marqués
Targot, embajador de Francia, ni á lord Howden,
ministro plenipotenciario de S. M. Británica.»

Dice *La Península*:

«Los señores diputados que componen la comi-
sión de imprenta disfrutan los sueldos siguientes:

Señor Gonzalez Brabo.	60,000 reales
Señor Marfori.	80,000
Señor Cueto.	50,000
Señor Barzanallana.	50,000
Señor Gutierrez de los Rios.	40,000
Señor Zaragoza.	50,000
Total.	330,000

De manera, que con el sueldo que estos perciben
erario en un solo año, se puede poner el nuevo
sitio de un periódico político, y todavía sobran 30
reales para comprar cohetes destinados á celebra-
r la promulgación de la ley del señor Nocedal.»

Tenemos á la vista el resumen de las aprehensi-
verificadas por el benemérito cuerpo de la Guardia
vil en el pasado mes de mayo. De él resulta que ha-
llas ascendieron al considerable guarnismo de 2,
incluyendo en esta suma 22 contrabandos.

La clasificación por delitos es la siguiente:

Delincuentes.	696
Ladrones.	675
Roxos prófugos.	119
Desertores.	65
Por faltas leves.	993

Segun costumbre, las provincias de Sevilla y C
figuran á la cabeza de ese estado estadístico de cr
nalidad.

Despacho telegráfico particular de la *Gaceta*
Madrid.—PARIS 4 de julio de 1857.—Viene 3
correspondencias de Italia anuncian que las tent
de insurrección en el Piemonte habian fracasado
conspiración en las Dos Sicilias tenia carácter m
niano.

BOLSAS ESTRANJERAS.

Amberes 30 de junio.—Diferida, 25 1/8 p.
Interior, 38 1/4.
Amsterdam 25 de junio.—Diferida, 25 9/16.
Exterior, 42 3/8.
Interior, 38 1/8.
Frankfort 29 de junio.—Diferida, 25 1/4.
Interior, 38.
Londres 29 de junio.—Exterior, 42.
Certificados, 5 3/4.
París, 31.
Idem 30.—Consolidados, 92 5/8, 3/4.
Diferido español, 25 7/8, 26 1/8.

191
 192
 193
 194
 195
 196
 197
 198
 199
 200
 201
 202
 203
 204
 205
 206
 207
 208
 209
 210
 211
 212
 213
 214
 215
 216
 217
 218
 219
 220
 221
 222
 223
 224
 225
 226
 227
 228
 229
 230
 231
 232
 233
 234
 235
 236
 237
 238
 239
 240
 241
 242
 243
 244
 245
 246
 247
 248
 249
 250
 251
 252
 253
 254
 255
 256
 257
 258
 259
 260
 261
 262
 263
 264
 265
 266
 267
 268
 269
 270
 271
 272
 273
 274
 275
 276
 277
 278
 279
 280
 281
 282
 283
 284
 285
 286
 287
 288
 289
 290
 291
 292
 293
 294
 295
 296
 297
 298
 299
 300
 301
 302
 303
 304
 305
 306
 307
 308
 309
 310
 311
 312
 313
 314
 315
 316
 317
 318
 319
 320
 321
 322
 323
 324
 325
 326
 327
 328
 329
 330
 331
 332
 333
 334
 335
 336
 337
 338
 339
 340
 341
 342
 343
 344
 345
 346
 347
 348
 349
 350
 351
 352
 353
 354
 355
 356
 357
 358
 359
 360
 361
 362
 363
 364
 365
 366
 367
 368
 369
 370
 371
 372
 373
 374
 375
 376
 377
 378
 379
 380
 381
 382
 383
 384
 385
 386
 387
 388
 389
 390
 391
 392
 393
 394
 395
 396
 397
 398
 399
 400
 401
 402
 403
 404
 405
 406
 407
 408
 409
 410
 411
 412
 413
 414
 415
 416
 417
 418
 419
 420
 421
 422
 423
 424
 425
 426
 427
 428
 429
 430
 431
 432
 433
 434
 435
 436
 437
 438
 439
 440
 441
 442
 443
 444
 445
 446
 447
 448
 449
 450
 451
 452
 453
 454
 455
 456
 457
 458
 459
 460
 461
 462
 463
 464
 465
 466
 467
 468
 469
 470
 471
 472
 473
 474
 475
 476
 477
 478
 479
 480
 481
 482
 483
 484
 485
 486
 487
 488
 489
 490
 491
 492
 493
 494
 495
 496
 497
 498
 499
 500
 501
 502
 503
 504
 505
 506
 507
 508
 509
 510
 511
 512
 513
 514
 515
 516
 517
 518
 519
 520
 521
 522
 523
 524
 525
 526
 527
 528
 529
 530
 531
 532
 533
 534
 535
 536
 537
 538
 539
 540
 541
 542
 543
 544
 545
 546
 547
 548
 549
 550
 551
 552
 553
 554
 555
 556
 557
 558
 559
 560
 561
 562
 563
 564
 565
 566
 567
 568
 569
 570
 571
 572
 573
 574
 575
 576
 577
 578
 579
 580
 581
 582
 583
 584
 585
 586
 587
 588
 589
 590
 591
 592
 593
 594
 595
 596
 597
 598
 599
 600
 601
 602
 603
 604
 605
 606
 607
 608
 609
 610
 611
 612
 613
 614
 615
 616
 617
 618
 619
 620
 621
 622
 623
 624
 625
 626
 627
 628
 629
 630
 631
 632
 633
 634
 635
 636
 637
 638
 639
 640
 641
 642
 643
 644
 645
 646
 647
 648
 649
 650
 651
 652
 653
 654
 655
 656
 657
 658
 659
 660
 661
 662
 663
 664
 665
 666
 667
 668
 669
 670
 671
 672
 673
 674
 675
 676
 677
 678
 679
 680
 681
 682
 683
 684
 685
 686
 687
 688
 689
 690
 691
 692
 693
 694
 695
 696
 697
 698
 699
 700
 701
 702

